



Mimi

John Newman
Siruela



Mimi

John Newman

Traducción del inglés de
Denise Despeyroux

 Siruela

Las Tres Edades

Índice

Cubierta

Portadilla

Parte 1

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Parte 2

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Capítulo 39

Capítulo 40

Agradecimientos

Créditos

Para Astrid,
con amor

Parte 1

Capítulo 1

Lunes: 149 días desde que murió mamá

Los lunes toca casa de la abuela. Allí es adonde voy al salir del colegio. Pero siempre visito primero la tienda de la señora Lemon, para comprar una chocolatina con lo que me queda del dinero del almuerzo, y la señora Lemon siempre dice:

–¿Qué es lo que puedo hacer hoy por mi buena amiga la señorita Mimi?

–Quisiera una chocolatina Spiff, por favor, señora Lemon.

–Marchando una chocolatina Spiff, jovencita... y unos caramelos solo para ti.

Y estiro la mano, y la señora Lemon pone tres o cuatro caramelos de la caja de chucherías en mi palma y me cierra los dedos en un puño. La señora Lemon me ha estado dando caramelos gratis cada día desde que mamá murió.

Así que cada día me aseguro de dejarme caer por su tienda. Lo mismo hace Sally, mi hermana mayor. Ella también consigue caramelos, pero hoy Sally se ha retrasado porque se ha quedado por ahí con sus amigos góticos. Eso significa que yo llegaré primero a casa de la abuela.

–¡Pero bueno! Si es la joven Mimi en persona visitando a sus ancianos abuelos – declara el abuelo cuando abre la puerta, como si se sorprendiera mucho de verme parada en el umbral.

–Es lunes, abuelo –le digo yo–. Vengo cada lunes.

–¡Claro que sí..., cómo tengo la cabeza! –y se golpea la frente con la mano como asombrado de haberse olvidado. Hace eso cada semana.

Y cada semana la abuela sale ajetreada de la cocina, limpiándose en el delantal las manos llenas de harina, y le regaña:

–¿Piensas dejar a la pobre niña parada en la puerta todo el día? Vamos, Mimi, no le hagas caso a este viejo tonto.

Por supuesto que el abuelo no es ningún viejo tonto... Bueno, sí es viejo, pero no es un tonto. De todas formas, él no se molesta para nada con la abuela; solo se ríe de ella y a mí me guiña el ojo.

Hoy la abuela ha hecho pepitos de chocolate para mí, y para Sally cuando aparezca y para Conor (él es mi hermano mayor, pero tiene fútbol los lunes, por eso no llega hasta más tarde). Todos los lunes la abuela cocina pasteles... y por eso está tan gorda, dice el abuelo.

–¡No lo estoy! –dice ella fingiendo enfado–. Ahora siéntate aquí, Mimi, y te voy a servir una gran taza de chocolate con esos pepitos.

Así que yo me siento a la mesa que hay contra la pared, y la abuela pone el mantel de cuadros rojos y el plato de flores violetas con seis pepitos de chocolate rebosantes de nata por dentro. El abuelo se estira para coger uno inmediatamente, pero la abuela le da una palmada en la mano.

–¡Las damas, primero! –le dice.

–Gracias, abuela –digo yo, y ella sirve uno en mi plato primero y otro en su plato después, y yo sonrío al abuelo como riéndome y él me mira con cara de pena.

–Ahora puedes coger uno –le dice la abuela como si fuera un niño travieso.

Sally llega justo cuando acabo de terminar mi segundo pepito.

–Espero que me hayas dejado algo, cerdita glotona –me dice, y comienza a meterse uno en la boca sin ni siquiera ponerlo en el plato. La nata le mancha la nariz, pero la abuela solo se ríe.

–¿Quién es la cerdita? –le pregunto yo, pero entonces el abuelo me lleva con él para enseñarme a jugar al ajedrez y dejamos a Sally y a la abuela solas para que tengan una de sus largas y aburridas charlas.

Esta es mi segunda lección de ajedrez. La primera fue el lunes pasado y duró unos veinte segundos porque tenía que ver mi serie favorita: «Sureños». Yo siempre tengo que ver «Sureños» para poder contarle a la tía M los episodios que ella se pierde.

–Hoy tenemos diez minutos, antes de que empiece tu programa basura –dice el abuelo, esparciendo las piezas de ajedrez–, así que vamos a ponernos las pilas.

–No es un programa basura, abuelo..., es educativo.

–¡Qué va ser educativo! A ver... ¿cómo se llama esta pieza? –y levanta ese cono negro pequeñito del revés.

Por suerte sé cuál es.

–Es un león, abuelo –le digo confiada.

Él se ríe... Por eso sé que me he equivocado.

–No, no es un león, Mimi, es un peón.

–León, peón, tampoco hay tanta diferencia... –a veces encuentro que los adultos son unos exagerados.

–Uno es un animal y el otro es una pieza de ajedrez... Esa es la diferencia.

–Creo que mi programa está a punto de empezar, abuelo –le digo. No me parece que el ajedrez vaya a ser mi juego, de todas formas. Voy a coger el mando de la tele..., pero mi abuelo lo coge antes que yo.

–No tan deprisa, jovencita –y levanta otra pieza negra. Esta parece la cabeza de un caballo–. Esta pieza es un caballo.

–Entonces esta debe de ser una dama –digo yo levantando la cabeza de caballo blanca.

–¿Cómo? –dice el abuelo, realmente perplejo.

–Si la negra es un caballero, la blanca será una dama –le explico.

El abuelo se golpea la frente con una mano y suelta un gemido.

–¡Caballo, no caballero! –dice, y yo hago como que no noto diferencia. Entonces él ve que estoy bromeando y suspira–: ¡Vale! Vamos a ver «Sureños» –me alborota el pelo y nos echamos atrás en el sofá para ver la tele.

El abuelo quiere enseñarme a jugar al ajedrez porque yo soy china y los chinos inventaron el ajedrez hace cerca de un millón de años, por lo visto. Personalmente, yo no sé lo que la gente le encuentra a este juego, pero a él no se lo digo.

Al poco rato, el abuelo está roncando y yo chupándome el pulgar y viendo la tele, y todo es bonito y cómodo y tranquilo y a mí me gustaría quedarme allí toda la tarde, pero a las seis en punto me tengo que ir a casa.

No es largo el trayecto hasta casa. La abuela y Sally y yo nos apretujamos en el asiento de atrás del cacharro y Conor se sienta delante. La abuela siempre le dice a Conor que vaya delante porque tiene las piernas largas, pero él le contesta que solo lo dice porque le da miedo sentarse delante cuando el abuelo conduce.

–Puede que tengas razón, Conor –se ríe la abuela–. ¡Mantén los ojos en la carretera, viejito! –le dice al abuelo.

–¿Conduces tú el cacharro o lo conduzco yo? –pregunta el abuelo mientras se salta un semáforo en rojo.

–¡Ese semáforo estaba en rojo! –grita la abuela–. ¿Pretendes matarnos a todos?

Todas mis tías dicen que el abuelo ya no debería conducir, pero ninguna de ellas se ha atrevido a decírselo todavía. Yo espero que no lo hagan, porque eso realmente lo disgustaría mucho. Además, todavía no ha tenido ningún accidente y cuando conduce va tan lento como un caracol.

Antes de que lleguemos, Sally se bajará en casa de Tara, esa amiga suya tan rara. Eso es bueno porque yo quiero leer su diario antes de que vuelva a casa.

Capítulo 2

La casa está a oscuras cuando llegamos, y un poco fría. Papá se ha quedado dormido en el sofá. Otra vez está sin afeitarse y todo despeinado. Puedo ver un dedo que se le escapa de un agujero del calcetín. Parece tan cansado y triste y viejo que no lo despierto. De todas formas lo despertará Conor enseguida, cuando empiece a tocar su batería.

Como siempre, Conor desaparece en su habitación y yo enciendo todas las luces de la casa antes de colarme en el dormitorio de Sally para levantar su colchón y sacar su diario. Es un diario de tapa dura, bonito y pesado, con pequeñas ilustraciones de flores silvestres en cada página. Sally tiene una estupenda colección de artículos de papelería en su habitación: rotuladores de todos los colores, carpetas y libretas de todos los tamaños, pegamento, cinta adhesiva, grapadoras, clips sujetapapeles, sacapuntas, gomas de borrar, chinchetas, plumas, bolígrafos, lápices de todos los colores y papeles de todos los tamaños y colores. Tiene tarjetas y papel para escribir cartas perfumadas y un pequeño cuadernillo de sellos... Todo colocado ordenadamente en su escritorio.

Pero lo mejor de todo es su diario. Me encanta sentarme en su cama y abrir su pesada cubierta. Lo hago con mucho cuidado para no dejar marcas en las páginas... y luego leo sus pensamientos más íntimos, antes de dejarlo exactamente donde lo encontré. Me mataría si descubriera que lo he leído.

Ya sé que no debería leer el diario de Sally, pero no puedo contenerme. Ella apenas me habla desde que murió mamá, y parece que ya no le importe nada ni nadie salvo sus horribles amigas, que llevan siempre ropa negra, pintalabios negro, rímel negro, pendientes negros y están siempre de un humor negro.

Pero yo sé que sí hay cosas que le importan, porque se lo cuenta todo a su diario. Bueno, casi todo. Le cuenta a su diario lo mucho que le duele la barriga cuando piensa en mamá y cuánto echa de menos sus abrazos y hasta cuando nos regañaba. Le cuenta a su diario que extraña a papá ahora que él está tan triste y tan cansado todo el tiempo. Le cuenta a su diario que quiere a su hermanita Mimi aunque esté a punto de volverla loca casi todo el tiempo y cuánto desearía que Conor no pasara cada minuto tocando la batería en su habitación. Le cuenta a su diario cuánto odia las pizzas ahora.

Le cuenta a su diario que llora cada noche antes de dormirse..., exactamente como yo. Le cuenta a su diario que a veces se pone furiosa con mamá por haberse matado con la bicicleta y odia sentir eso pero no puede evitarlo, y yo sé a qué se

refiere. Yo tampoco puedo evitarlo... y por eso tengo que leer el diario de Sally cada vez que aparece una oportunidad.

Además, mi maestra, la señorita Dida, dice que ella quiere que los niños de su clase lean todo lo que tengan a mano: periódicos, cómics, la parte posterior de la caja de cereales y también los anuncios de las paradas de autobús y las señales de tráfico..., todo lo que veamos. No ha mencionado los diarios íntimos, pero apuesto a que lo habría hecho si lo hubiera pensado.

Pero la razón más importante que tengo para leer el diario de Sally es averiguar cuál es su oscuro y espantoso secreto.

Sally a menudo menciona su «oscuro y espantoso secreto» en su diario, pero nunca dice exactamente qué es, excepto que es algo vergonzoso y peligroso. Pero ayer Sally le dijo a su diario que pronto le contaría el terrible secreto, así que podrás imaginar mi excitación ahora que estoy sentada en su cama con su diario en mi regazo.

Alisaré la colcha de la cama antes de marcharme... Soy siempre muy cuidadosa eliminando mis huellas, como un buen ladrón. Abro el diario por la nueva página y leo la entrada de ayer:

Domingo: 148 días

Querido Diario, Tengo razones para creer que hay una ESPÍA en la casa. Alguien -alguna PEQUEÑA COTILLA APESTOSA- ha estado leyendo mi diario. ¡Solo una HORRIBLE CRIATURA ESPÍA ASQUEROSA Y MALCRIADA se atrevería a leer los PENSAMIENTOS MÁS PRIVADOS Y SECRETOS de alguien y creo que sé de quién se trata! Si estás leyendo esto ahora, PEDAZO DE ENTROMETIDA, espero que te sientas avergonzada... ¡Porque deberías estarlo! Espero que se te caiga tu larga nariz de metomentodo y que los globos oculares se te salgan de la cabeza. Te odio por esto y nunca te perdonaré. Sally.

P. D. Querido Diario, no puedo contarte mi secreto hasta que atrape a la ESPÍA y la mate.

¡Dejo caer el diario como si me quemara en los dedos! ¡Cómo se atreve Sally a acusarme de leer su diario! Estoy a punto de coger un bolígrafo y escribir en la página cosas terribles de ella cuando me doy cuenta de que si lo hago ella tendrá la certeza de que lo he estado leyendo.

¡Pero ya la tiene! De pronto me siento terriblemente mal. Me tapo la cara con las manos. Siento que me arden las mejillas. ¿Cómo lo ha descubierto? Siempre tengo cuidado de dejarlo todo como lo he encontrado y ella siempre está fuera de la casa cuando me pongo a leer.

De pronto me siento avergonzada y como una cotilla asquerosa. ¿Cómo podré volver a hablar con Sally o mirarla a los ojos? Nunca me lo perdonará. Yo tampoco me lo perdonaría si estuviera en su lugar.

Entonces pienso que a lo mejor no es que realmente sepa que leo su diario. Tal vez solo me está tendiendo una trampa. Decido no decir nada en absoluto, me

comportaré como si nada, y si Sally me acusa a la cara lloraré y la llamaré mentirosa. Así que lo vuelvo a colocar todo como estaba... y justo a tiempo, además, porque apenas acabo de alisar el edredón cuando oigo la llave en la cerradura.

Capítulo 3

Sally no me dice nada en toda la noche. Tal vez después de todo no sepa que soy yo quien lee su precioso diario.

Papá nos prepara pizzas para cenar, como siempre. Antes me encantaban las pizzas, pero ahora me pongo enferma solo de verlas, papá siempre las deja demasiado rato en el horno y quedan duras y quemadas.

–Lo siento, chicos –murmura mientras nos sirve media pizza a cada uno. No parece que le moleste mientras mastica su propia pizza como si masticara una suela de zapato vieja.

A Conor tampoco parece molestarle... Simplemente se pone a comer y le habla a papá de la liga de fútbol y ni siquiera parece notar que papá apenas le responde.

–Liverpool juega fuera de casa contra Manchester United este miércoles, papá – dice, con la boca medio llena.

–¿Ah, sí? –murmura papá como si viviera en otro planeta.

–Va a ser un partido reñido. Manchester echará de menos a Rooney..., tiene una distensión muscular.

–¿Ah, sí? –responde papá, pero no creo ni que esté escuchando. Conor también debe de estar hablando para sí mismo.

Sally y yo no comemos las pizzas de papá si podemos evitarlo. Sally normalmente va hasta la puerta trasera, la abre y le tira la pizza a nuestra perra, Bengala. Un rato más tarde, yo hago lo mismo. A papá no parece importarle..., pero Bengala queda encantada. Ella nunca se cansa de la pizza. Cuando vivía mamá, Bengala solía correr por toda la casa, saltando y lamiendo a todo el mundo, o encontraba su correa y la sujetaba con la boca hasta que alguien la sacaba a dar un paseo. Ahora nunca está en casa, y nadie le hace mucho caso, y se está poniendo tan gorda con tanta pizza que ya no creo que pueda caminar hasta muy lejos.

Después de cenar, papá anda por ahí mirando viejas fotografías y eso lo pone más triste. Conor se lleva el plato a su habitación y comienza a tocar la batería. Ahora hace eso cada noche. Es el peor batería del mundo y también el más escandaloso. Hace tanto ruido que tengo que poner el volumen de la televisión a tope y Sally también tiene que poner a tope su reproductor de CD.

¡Vivimos en una casa triste pero al menos no es silenciosa!

Mi amiga Orla me envidia porque ella tiene que irse a la cama cada día a las

nueve y media y yo en cambio puedo estar levantada todo el tiempo que quiera, pero esta noche estoy cansada y no hay nada para ver en la tele, así que me meto en la cama a las diez y media. Orla también envidia que yo pueda tirar mi ropa donde quiera porque tía B la recoge por la mañana. La tía B viene cada día cuando estamos en el colegio y limpia la casa de cabo a rabo, y cuando volvemos del colegio está todo de nuevo en su sitio.

Antes me costaba bastante dormirme con tanto ruido en casa, pero te puedes acostumbrar a todo, y después de hablar un poco con Socky se me empiezan a cerrar los ojos y el pulgar se me desliza en la boca.

–Buenas noches, Socky –le digo a mi títere de calcetín, y él asiente y me da también las buenas noches. Luego me lo quito de la mano y lo coloco debajo de mi almohada.

Antes de que muriera mamá, yo me había hecho ya demasiado grande para Socky, pero mamá siempre lo buscaba cuando me metía en la cama. «¡Pobre Socky!», decía, y lo sacaba todo polvoriento de debajo de la cama, y luego se lo ponía en la mano y le hablaba poniendo voz de tonta:

–A ver, Socky, Mimi ha crecido demasiado para ti, ¿verdad? ¿Y supongo que también está demasiado grande para unas cosquillas de su viejo amigo Socky? –y luego ella me hacía unas cosquillas de muerte con Socky en su mano. Cuando se marchaba de la habitación, yo lo tiraba otra vez debajo de la cama. Pero desde que mamá murió ya no soy demasiado grande para Socky.

Lo último que hago antes de quedarme frita es susurrar buenas noches a la foto de mami que hay en mi armario y pedirle que arregle el corazón roto de papá. Eso me hace llorar un poco, pero luego me quedo dormida.

Capítulo 4

Martes: 150 días desde que murió mamá

Los martes toca ir a casa de mi tía M. El nombre completo de mi tía M es Margarita. Las dos hermanas de mi madre tienen nombres de flores –la tía M y la tía H, cuyo nombre completo es tía Hortensia (mi padre la llamaba tía Tensa antes de que mamá muriera)– y mi mamá se llamaba Rosa. Papá solo tiene una hermana, tía B, diminutivo de Betty... ¡Que afortunadamente no es una flor!, dice ella.

Antes de ir a casa de la tía M me dejo caer por la tienda de la señora Lemon para buscar una chocolatina Spiff y... algunos caramelos gratis. Adoro a la señora Lemon.

Sally está castigada hoy, así que soy la primera en llegar al apartamento de la tía, lo cual me conviene, porque Sally continúa dirigiéndome esas miradas de ojos afilados y, aunque no me haya dicho nada, creo que sabe que soy yo la que lee su diario. Así que de momento prefiero mantenerme apartada de su camino.

El apartamento de la tía M está en el tercer piso, así que cojo el ascensor. Su apartamento es casi nuevo y, aunque el abuelo diga que visitarlo es como meterse en una lata de sardinas, yo creo que es simplemente perfecto. A la abuela tampoco le impresiona mucho. Ella se pregunta dónde jugarán los niños, pero la tía M le contesta que no tiene intención de tener niños en muchos años, si es que llega a tenerlos, y la abuela dice:

–Eso ya lo veremos.

–¡Ni siquiera estoy casada y ya me estás hablando de niños! –grita la tía M. La abuela y ella siempre se están peleando.

La tía M se casará el próximo septiembre con Nicholas, que se acercará dentro de un rato, me dice la tía M cuando deja de abrazarme, así que Conor estará encantado. La tía M siempre me abraza cuando vengo cada martes. Si Sally está conmigo y de buen humor, tenemos un abrazo de grupo.

La tía M es muy bajita –yo soy casi de su altura– y huele como esas pequeñas flores azules que me encantan, así que inspiro profundamente y le digo:

–Hueles fenomenal, tía M.

La tía M es ingeniera, sea lo que sea eso, y el martes es su único día de media jornada, y es por lo que nos lleva a su casa después del colegio los martes. La tía M no es de hacer pasteles, pero de todas formas trae muchas cosas ricas para nosotros de la tienda. Así que antes de que empiece «Sureños» nos ponemos a cotillear y nos

atiborramos de dulces y chocolatinas que acompañamos con coca cola, y luego a las tres y media nos sentamos en su sofá de cuero blanco y vemos «Sureños» juntas. Como la tía se pierde todos los episodios excepto los de los martes, yo le tengo que contar todo lo que ha pasado...

–¿A que no sabes qué? –le digo–. Blackson..., tú sabes quién es Blackson, ese que es pelirrojo...

–¿El que salía con Ginger, la chica flacucha de pelo negro?

–Sí, no te lo puedes ni imaginar... –le digo–. Blackson entró en el bar de improviso... ¿y adivina a quién estaba besando Ginger?

–¡Oh, Dios mío! –chilla la tía M tapándose la boca con la mano–. ¿A quién?

–¡A William!

–¡No! ¿Es ese de pelo rubio y con bigote que me encanta?

–No..., ese no es –la tía M siempre está mezclando a toda la gente de «Sureños»–. El que a ti te encanta es Gregory... ¡Este otro es William! –le digo, señalando la pantalla, porque William acaba de aparecer... y él no lo sabe, pero Blackson está justo detrás de él mirándolo como un loco.

–¡OH, DIOS MÍO, NO PUEDO MIRAR! –grita la tía M tapándose los ojos con un cojín cuando Blackson levanta un palo enorme y está a punto de golpear a William en la cabeza... Y ahí justo hay un corte de publicidad.

Durante los anuncios llega Sally. Se mete una onza de chocolate en la boca y dice:

–Imagino que estáis viendo esa basura de «Sureños».

Entonces la tía quiere enseñarle su vestido de novia antes de que llegue Nicholas.

–Imagino que es blanco –gruñe Sally, pero la tía M simplemente se ríe.

Así que me quedo viendo el resto del episodio por mi cuenta y ya no es lo mismo. Mataría a Sally... si ella no me mata primero por ser una espía fisgona.

Al final la tía M se acuerda de mí, pero tan pronto como se sienta otra vez, Nicholas y Conor llegan al mismo tiempo y de repente el acogedor apartamento de la tía M está lleno de gente ruidosa. Todo el mundo ha olvidado «Sureños», y William tendrá que morirse desangrado por su cuenta porque Nicholas ha decidido que ya he visto suficiente tele.

–Me pregunto si este casco redondo encajará en la cabeza cuadrada de Mimi –grita Nicholas, poniendo sobre mi cabeza el casco de su moto al revés. Dice que tengo la cabeza cuadrada porque veo demasiada televisión, pero eso no es verdad... Yo examino regularmente mi cabeza en el espejo del lavabo y está tan redonda como siempre.

No puedo ver nada con el casco al revés en la cabeza, y entonces él empieza a hacerme cosquillas. Nicholas tiene unos dedos larguísimos que se te clavan y te

hacen unas cosquillas mortales, y yo casi me mareo de tanto reír cuando por fin para, porque se pone a hablar seriamente de motos con Conor.

–Devuélveme mi casco, cabeza cuadrada –me dice, sacándome el casco de la cabeza.

Pero antes de irse tiene que darle a su «prometida» (como él llama a la tía M) un buen morreo, y Sally gruñe «¡Oh, voy a vomitar!», y Conor se pone rojo y se mira los pies hasta que terminan.

Me gustaría que todos los días fueran martes. Y a Conor también, porque Nicholas lo lleva a dar una vuelta en su moto. A Sally también le encantan los martes porque cree que la tía M tiene estilo (lo sé porque lo he leído en su diario). Así que siempre me pongo triste cuando tenemos que volver a casa, a nuestra triste casa, a las seis en punto.

Hoy por lo menos papá está despierto. Está mirando la tele, aunque ni siquiera está encendida.

–Servíós una pizza –dice, pero desde el pasillo ya puedo oler que se está quemando.

De todas formas todavía estoy llena de lo que he comido en casa de la tía M y me queda mi chocolatina Spiff, así que le tiro mi trozo de pizza a Bengala y lo mismo hace Sally. Conor se lleva el suyo a su habitación y se pone a tocar la batería, y la música de Sally empieza a hacer estruendo y yo tengo que subir la tele a tope para poder oír algo.

Capítulo 5

Miércoles: 151 días desde que murió mamá

Mi maestra se llama Dida. Orla dice que es porque está aturdida. Orla dice que aturdida significa atolondrada pero a mí no me importa, porque ella es la maestra más buena de todo el colegio, y probablemente del mundo. Pero lo cierto es que *es* muy aturdida, y ahora que está embarazada más que nunca. Está sentada en su silla con las piernas estiradas y las manos debajo de su barriga redonda cuando yo entro en clase. A la mayoría de las maestras no les gusta que llegues tarde cada día, pero a la señorita Dida no le importa, en realidad ni siquiera parece notarlo. Así que yo llego tarde cada día, a veces muy tarde.

Me siento al lado de Orla en la última fila. La señorita Dida está hablando otra vez de su bebé, así que Orla me cuenta un chiste.

–Me parece que este bebé está a punto de salir de un momento a otro, niños... ¡Llevo meses sin poder verme los pies! –dice a la clase la señorita Dida.

–Es una niña rubia que prende fuego a su casa por accidente –susurra Orla. Orla se sabe un montón de chistes y muchos de ellos son sobre niñas rubias estúpidas, lo cual es un poco raro porque la propia Orla tiene una larga melena rubia y es la niña más inteligente de la clase.

–Sacad todas vuestros deberes –dice la señorita Dida.

Orla deja de contarme el chiste un momento mientras saca sus deberes. Yo espero porque no tengo deberes para sacar.

–Entonces –continúa ella–, la rubia llama a los bomberos y les pide que vengan deprisa para apagar el fuego en su casa...

Yo no hago mis deberes salvo los miércoles... la tía B me obliga a hacerlos ese día, pero aparte de eso no los hago nunca. A la señorita Dida no le importa. Ella es muy comprensiva. Dice que sabe lo duro que tiene que ser para mí estar sin mi mami. Ya veis que es la maestra más buena del mundo. Yo adoro a la señorita Dida.

–¿Y cómo llegamos hasta allí?, pregunta el bombero –Orla sigue susurrando demasiado alto–: ¿QUE CÓMO?, dice la rubia. ¡EN EL CAMIÓN ROJO, POR SUPUESTO!

Yo espero la continuación. Pero eso es todo.

–¿Lo has pillado? –pregunta Orla, subiéndose las gafas.

–No –le digo rascándome la cabeza. Yo no pillo los chistes de Orla, y ella está a

punto de explicármelo cuando la maestra le pide que lea su respuesta y yo me salvo. Porque tampoco entiendo nunca las explicaciones de Orla.

La hora del recreo es tan horrible como siempre. Sarah y su banda se meten con Orla y conmigo como de costumbre.

–La chinita tontita mascota de la maestra sigue sin hacer los deberes –dice Sarah con su asquerosa voz chillona y su cara muy cerca de la mía–. ¿Estábamos demasiado tristes? –y sus dos perritas falderas (así es como Orla llama a las dos amigas de Sarah) se ríen haciendo el ruido del agua que cae por el desagüe–. Quizá Gafitas te cuente algún chistecito gracioso para animarte –se mofa, dando un puñetazo en el brazo a Orla. Luego se van corriendo, riéndose muy fuerte de esa manera tan fea.

Odio a esa niña. Ella antes no era así. Cuando murió mi mamá de repente tenía muchos amigos. Todo el mundo me daba abrazos y caramelos en el recreo y se ponían tristes conmigo. Pero entonces Sarah empezó a llamarme llorona y chinita tontita y pegaba a las niñas que se acercaban a mí. Así que ellas dejaron de acercarse, todas menos Orla, por mucho que le pegaran. Orla dice que ella es un hueso duro de roer y que no piensa dejarse intimidar por un saco de escoria de poca monta como Sarah Sinclair. ¡No, señor! Y la forma en que lo dice siempre me hace reír.

–Le haremos una muñeca de vudú y la pincharemos con alfileres –dice Orla, pero yo no sé de qué está hablando y en realidad tampoco me importa. Me quedo mirando fijamente al suelo y todas las del patio nos miran a mí y a Orla, pero mantienen las distancias porque no quieren que Sarah se meta con ellas. Tal vez tenga razón... tal vez yo sea una chinita tontita.

Al salir del colegio voy a la tienda de la señora Lemon para comprar una chokolatina con lo que me sobra del dinero del almuerzo, y la señora Lemon dice:

–Bueno, ¿qué puedo hacer hoy por usted, señorita Mimi?

Yo le pido una chokolatina Spiff, y después de que le pague ella saca unos caramelos de la caja de chucherías, me los pone en la mano y me hace cerrar el puño. Luego me enseña una nueva cámara de videovigilancia que ha tenido que instalar porque algunos niños no son tan honrados como yo y como Sally y le roban cosas, y ella espera que la cámara le ayude a pillarlos..., si es que logra hacerla funcionar.

Luego tengo que irme, porque el miércoles es el día en que vamos a casa de la tía B, ¡y no hay que hacer esperar a la tía B!

Capítulo 6

La tía B es estricta como un capitán de barco, solía decir mamá. Nada de desorden, nada de entretenerse, nada de perder el tiempo. Yo nunca supe a qué se refería, pero ahora que voy a casa de la tía B cada miércoles lo empiezo a entender.

Cuando llego, mi prima preferida en el mundo, Emma, me abre la puerta.

–¡Hola, Dig! –me saluda.

Hacemos nuestro tonto apretón de manos y yo le digo:

–¡Hola, Dag! –y luego vamos directamente a la cocina para una comida hale-hale antes de hacer los deberes.

En casa de la tía B nosotros mismos tenemos que prepararnos la comida, pero ella supervisa. Hoy tenemos crepes y la tía B nos da órdenes.

–Sally, pasa por el colador seis medidas de harina blanca y ponlas en el bol blanco grande. ¡Hale, hale!

(Sally tiene media jornada los miércoles, como yo, y siempre consigue llegar a casa de la tía B antes que yo y se pone a charlar con el primo Emmett... y Conor llegará también más tarde, justo después del colegio.)

–Emma y Mimi, batid cuatro huevos y que no se os caigan pedacitos de cáscara en el bol. ¡Hale, hale! ¡Emmett, calienta la sartén para freír!

Nadie discute con la tía B, y pronto estamos comiendo los crepes más deliciosos que existen... tal y como es debido, con cuchillo y tenedor. La tía B cree que los buenos modales en la mesa son muy importantes. Menos mal que nunca come en nuestra casa.

Cuando hemos terminado, Emmett y Sally friegan los platos y Emma y yo los secamos.

–¡Vamos, Sally! ¡Hale, hale! –dice Emma mientras espera que Sally termine de lavar la sartén.

–Hale-hale tú –dice Sally, y salpica a Emma con un poco de jabón en la cara.

A Emma no le importa..., solo le saca la lengua a Sally cuando la tía B no está mirando. No hay que hacer el tonto delante de tía B.

El miércoles es el único día de la semana en que hago mis deberes, porque la tía B se asegura de que los haga. Nadie habla mientras hacemos los deberes. Cuando llega Conor, la tía B le da tres crepes que ha guardado para él y después se pone inmediatamente a hacer los deberes también. Ya sé que suena un poco extraño,

pero me gusta bastante que estemos los cinco sentados alrededor de la mesa, haciendo nuestras tareas en silencio. Parece que estemos en una oficina y que la tía B sea la jefa. La tía B nunca se enfada, y sin embargo todos hacemos siempre lo que dice sin discutir.

Emma y yo siempre acabamos las primeras porque somos las más pequeñas (Emma es seis días mayor que yo), así que podemos ir a jugar. Nadie ve televisión antes de las seis en casa de la tía B, y si hace buen tiempo podemos jugar fuera, pero hoy se ha puesto a llover, así que jugamos a Dig y Dag en la habitación de Emma.

Dig y Dag son muy viejos y viven en una cama (igual que los viejos abuelos de *Charlie y la fábrica de chocolate*). Dig, que soy yo, es el hombre viejo, y Dag, que es Emma, la mujer vieja. Dig vive en la cabecera de la cama y Dag vive a los pies. Hoy no están en su mejor momento.

–Estás un poco pálida, querida –dice Dig.

–No me encuentro muy bien, querido –responde Dag–. Se me va un poco la cabeza.

–Oh, mi tortolita –dice Dig–, ¿te sientes un poco atontada?

–Me siento un poco atontada, sí.

–Deberías ponerte vinagre en los oídos, cariño –sugiere Dig–. Me han dicho que funciona de maravilla.

–Me gustaría tomar una taza de té, querido –dice Dag.

–Bebes demasiado té, Dag, por eso tienes una nariz amarilla tan grande.

–¡Yo no tengo una nariz amarilla, Dig!

–Sí la tienes... ¡Es grande, amarilla y llena de mocos como el culo de un babuino!

–Bueno, eso es mejor que tener un gran culo ventoso como el que tú tienes, Dig –responde Dag enfadada–, ¡que suelta pedos apestosos como si fuera el viento del oeste todo el día!

–¡Cómo te atreves a decir que soy apestoso, enorme mono peludo! –grita Dig.

Y entonces, de manera totalmente accidental, yo suelto un gigantesco pedo ruidoso y Emma se cae de la cama de tanto reír y las dos salimos de la habitación corriendo, tapándonos la nariz y con un ataque de risa.

Sally y Conor y Emmett juegan a la PlayStation después de hacer los deberes, pero no se lo toman muy en serio, porque la mayor parte del tiempo están haciendo bromas y riendo.

A las seis en punto regresa el tío Horace y se oye su voz retumbando por toda la casa. El tío Horace es un hombre grande y peludo y se ponga donde se ponga parece ocupar toda la habitación. La tía B está siempre regañándolo, pero él solo se

ríe de ella. Es la única persona que conozco que no se asusta de la tía B ni siquiera un poco.

El tío Horace siempre te aprieta la mano. Para saludarme pone su manaza en torno a mi mano y aprieta.

–¡Ay! –grito yo.

–Suéltala, Horace –le riñe tía B–. ¡Estás haciendo daño a la niña!

–Nada de eso –se ríe el tío Horace–. ¿Te estoy haciendo daño, Mimi?

–Solo un poco, tío Horace –digo yo, porque sé que no lo hace a propósito. Cuando me suelta la mano, mis dedos están como salchichas aplastadas. El tío Horace es médico. Yo lo siento por sus pacientes...

Cenamos todos en casa de la tía B. Todo el mundo se sienta alrededor de la mesa y come su comida con cuchillo y tenedor y nadie se levanta de la mesa hasta que la tía B da permiso. Durante toda la comida el tío Horace habla sobre dinero, y nunca se sabe cuándo te lanzará una pregunta a ti, así que hay que estar muy atento.

–Conor, eres el mejor matemático de la familia, según creo, así que responde a esto si puedes –le dice a Conor con su vozarrón–. Supongamos que Mimi tiene noventa y seis céntimos en su bolsillo –dice guiñándome el ojo.

–No los tengo, tío Horace –le digo.

–Ya lo sé, Mimi –se ríe–. ¡Tú sígueme la corriente! Resulta que tiene solo monedas de un céntimo, de cinco céntimos y de diez céntimos, pero tiene el mismo número de cada tipo. La pregunta es: ¿cuántas monedas tiene Mimi en el bolsillo?

–¡Ninguna! –digo yo, y todo el mundo se ríe de mí.

Pero Conor está desconcertado y tiene la frente arrugada. Me temo que yo no puedo ayudarlo.

–Deja cenar al chico –dice la tía B.

Entonces Emmett dice que él tiene la respuesta, pero Conor grita:

–¡No me la digas!... ¡Quiero encontrarla yo solo!

Y lo consigue. Conor es muy inteligente.

–¡Bravo! –grita el tío Horace, golpeando la mesa.

Después de cenar, el tío Horace nos lleva a casa en su Citroën grande.

En casa todavía hay luz y papá está mirando por la ventana. Me paro junto a él y me pone la mano en el hombro.

–¿Crees que ella intentará recogerla?

Al principio no sé de qué me está hablando; luego veo a una mujer que camina hacia nuestra casa y lo entiendo. Antes de que mamá muriera, papá pegó en la acera una moneda de un euro con superglue para gastar una broma al tío Horace.

–¿Te acuerdas de que mamá se partió de risa cuando el tío Horace trató de coger la moneda? –me pregunta papá con tristeza.

Yo me acuerdo muy bien. Al tío Horace se le iluminaron los ojos cuando vio la moneda y luego pasó cinco minutos tratando de cogerla con la cara completamente roja. Al final levantó la vista y nos vio a todos en la ventana de enfrente partiéndonos de risa.

La moneda sigue pegada en el camino y todavía es gracioso ver gente que al pasar junto a la casa se inclina para tratar de recogerla, pero hoy la mujer pasa a su lado sin darse cuenta.

–Aquellos eran buenos tiempos –murmura papá, y se marcha de la habitación, que está cada vez más oscura, dejándome sola.

Orla me escribe un sms con un chiste antes de irme a la cama, y eso me hace sentir menos sola, a pesar de que no lo pille:

Cmo sabmos q los buhos son + intlgentes q los pollos?
Oíste hablar de Kentucky Fried Buho? Bns nchs. Hst
mñn. Bss O.

Capítulo 7

Jueves: 152 días desde que murió mamá

Esta mañana no quería ir al colegio. Solo quería quedarme en la cama inventando conversaciones con Socky. Y quería volver a leer el diario de Sally cuando se marchara. A papá no le hubiera importado que me quedara en casa..., probablemente ni siquiera lo habría notado. Pero la tía B no se habría puesto muy contenta cuando viniera después de las diez para limpiar la casa y lavar nuestra ropa. Si le hubiera dicho que estaba enferma, probablemente me habría lanzado una de sus miradas de «no me creo ni una palabra» y me hubiera mandado al colegio hale-hale sin decir más tonterías jovencita. Probablemente no estaría tan cansada si Conor no hubiera decidido aporrear su batería hasta las dos de la madrugada.

Sin embargo, estoy encantada de haber ido hoy al colegio... Ha sido el día más emocionante en años. Acabábamos de sentarnos y de sacar nuestros deberes (sí, incluso yo, porque era jueves) cuando la señorita Dida de repente se agarró la enorme barriga y se puso a decir «¡OOOOOOOOHHHH!», y luego se sentó muy pesadamente con las piernas estiradas como palos inhalando y soplando como una gaita... con los ojos abiertos de par en par y las mejillas infladas. Y de nuevo hizo «¡OOOOOOOOHHHH!». Y luego le dijo a su barriga con un tono de pánico en la voz: «¡Se supone que no vienes hasta dentro de tres semanas!».

–¿Va a tener el bebé ahora, señorita Dida? –dijo Dylan.

–¡Espero que no! –dijo la señorita Dida, y de nuevo–: ¡OOOOOOOOHHHH!

–Tiene *contrataciones* –susurró Orla. La gata de Orla tuvo gatitos la semana pasada, así que ella es una especie de experta en tener bebés.

Nadie sabía qué hacer... todos estábamos sentados mirando fijamente. Entonces la señorita Dida dijo:

–¡Dylan, ve a avisar a Archibald, rápido!

Por supuesto Dylan no sabía quién era Archibald, así que no se movió... Pero yo sí sabía quién era Archibald, porque había oído a la señorita Dida llamarlo una vez.

–Se refiere al señor Masters, Dylan –dije, y Dylan dijo «Ah», y salió disparado de la habitación para ir a buscarlo.

–¡OOOOOOOOHHHH! –rugió la señorita Dida–. ¡Se está acercando!

El señor Masters es el director de nuestro colegio y el marido de la señorita Dida, lo cual es muy extraño, porque ella es tan simpática y amable y... bueno, también aturdida, y él es tan horrible y eficiente y quiere que todo en su colegio sea puntual.

¡Pero hoy el señor Archibald Masters también estaba completamente aturdido! Entró corriendo en la habitación con la señora Print, la secretaria gordita, jadeando tras él.

–Aggie, ¿qué está pasando? –le gritó a la señorita Dida, mientras entraba corriendo por la puerta. No creo que nos viera... Estábamos todas fuera de nuestros asientos y la clase era un caos.

–¡El bebé está en camino, eso es lo que está pasando! –la señorita Dida habló muy bruscamente, pero el señor Masters no pareció notarlo.

–¿Con cuánta frecuencia vienen las contracciones? ¿Estás haciendo las respiraciones? ¡Que alguien llame a un taxi! ¡Estarás bien, cariño, lo tengo todo bajo control!

–¡Por el amor de Dios! Cálmate y ve a buscar el coche, Archie –gritó la señorita Dida. Pero antes de que él pudiera decir una palabra soltó otro formidable rugido–: ¡OOOOOOOOOOOOOOOOOOHHHHHHHH!

–¡Oh, Dios mío! –gritó Archie.

–¡Se diría que es el señor Masters quien va a tener el bebé! –susurró Orla, y a mí casi me dio un ataque de risa.

Entonces intervino la señora Print.

–Señor Masters, cálmese... Este no es el primer bebé ni será el último que se decida a venir un poco antes. Ahora vaya a buscar el coche y llévelo a la salida de emergencia. Y tú, Aggie, sujeta mi mano y, la próxima vez que venga el dolor, respira a través de él con serenidad, como te enseñaron en las clases prenatales.

Bueno, ese era un lado de la señora Print que no habíamos visto nunca antes... debería dirigir ella el colegio. El señor Masters se enderezó la corbata, inspiró profundamente y luego salió disparado de la habitación a buscar su coche. La señorita Dida cogió de la mano a la señora Print y comenzó a hacer respiraciones profundas con ella, lo cual por lo visto ayudaba, porque dejó de dar gritos.

Entonces la señora Print se volvió hacia nosotros, todos agrupados atónitos alrededor:

–Y vosotros, niños –dijo sonriendo–, volved a vuestros asientos y leed vuestros libros: todo va bien. El señor Masters llevará a la señorita Dida al hospital para que pueda tener su bebé, y yo voy a ir con ellos. El señor Roger se quedará con vosotros.

Todo el mundo hizo lo que pidió la señora Print, y Sarah la matona fue enviada en busca del señor Rogers. La señorita Dida nos sonrió débilmente y dijo:

–¿Verdad que es emocionante? –estaba mucho más calmada ahora, pero apuesto

a que estaba encantada de que la señora Print fuera al hospital con ella..., especialmente cuando oyó el coche del señor Masters rechinando al dar un frenazo junto a nuestra ventana.

Entró como un toro enloquecido y estaba a punto de agarrar a la señorita Dida cuando la señora Print levantó la mano y dijo:

–Tú abre la puerta trasera del coche y yo ayudaré a Aggie a subirse.

Estuvimos mirando cómo la señorita Dida se subía despacio al coche, con ayuda de la señora Print. El señor Masters sostenía la puerta y sacudía sus llaves, y el señor Rogers dijo «Un grito de ánimo para ellos» mientras el coche se ponía en marcha.

–¡Vamos, chica! –gritó Orla por la ventana, y todo el mundo hizo una ovación. La señorita Dida agitaba la mano valientemente mientras se alejaban.

Así que después de todo valió la pena ir al colegio hoy.

Pero no todo estuvo bien. La señora Lemon no me dio chucherías gratis cuando me dejé caer en su tienda. Solo cogió el dinero de mi chocolatina Spiff, me miró con tristeza y no dijo nada.

Capítulo 8

Sally no vino directamente a casa, así que me puse a leer su diario. Tenía que descubrir si ella sabe o no sabe que fui yo. Aún no estoy segura de si ella está segura o si solo está fingiendo que lo sabe para que yo caiga en la trampa y me delate. De eso no hay peligro..., tuve la extrema precaución de poner el diario exactamente donde lo encontré y de alisar la cama para que quedara tal y como la tía B la había dejado. Esto es lo que escribió ayer:

151 días

¿Qué hay, espía? ¿Esperando leer algo bueno hay? ¿Esperando meter tu nariz de fisgona en algún secreto jugoso? Lamento decepcionarte, pero no contaré más secretos hasta que te cace y te dé tu merecido. No hay piedad para los espías furtivos.

La verdad es que no me gustó cómo sonaba eso.

Me gustaría tener el pelo tan negro como Mimi. El negro es el único color que quiero en mi vida. Me encanta ir a casa de la tía B y charlar con Emmett. La tía B tiene tanto estilo..., está siempre enfadada, y no es ninguna tonta. Cuando yo crezca seré como la tía B y todo el mundo me tendrá miedo. Nadie se atreverá a espiar mi diario. Ahora estoy muy enfadada y tengo mucho miedo a que me pillen si no paro, pero simplemente no puedo parar. Nadie me guerria si lo supieran. Ojalá a papá le importara. ¿Por qué mamá no tuvo más cuidado con la bici? Odio mi vida. Adiós, espía.

Después de guardar el diario con supercuidado me cepillé el pelo frente al espejo de Sally. A Sally le encanta mi largo pelo liso y negro. Negro del todo. Pero yo lo odio. Quisiera tener un pelo rubio como el de Sally (su pelo debajo del tinte negro es rubio). Y me gustaría no tener ojos rasgados chinos, pero Orla dice que a ella le encantaría tener ojos chiquitos de chinita.

¿No sería guay que la gente pudiera intercambiar las partes del cuerpo? Te cambio mi nariz por tus orejas... o mi ombligo que sobresale por el tuyo que está metidito hacia dentro?

Decidí ahí mismo que nunca más volvería a leer el diario de Sally. ¿Pero de qué está asustada? ¿Y por qué está tan enfadada? ¡Yo odio el negro!

Tenía realmente muchas ganas de hablar con alguien sobre la señorita Dida y sus contracciones, pero papá estaba sentado mirando inexpresivamente la televisión. Si la hubiera apagado ni lo habría notado. Así que llamé a la abuela... ¡y ella estaba interesada!

Me hizo un montón de preguntas y me hizo repetirle el trozo en que le contaba que el señor Masters había entrado en pánico, y luego me hizo contar de nuevo la historia entera al abuelo, y al final estuvimos casi dos horas al teléfono, pero fue realmente una buena conversación.

—¿Se lo has contado a tu padre, Mimi? —preguntó la abuela al final. Le dije que no, que él no estaba de humor para eso, y ella me dijo que se lo pusiera al teléfono, así que le di el teléfono a papá y le dije que la abuela quería hablar con él.

Papá suspiró muy fuerte y cogió el teléfono. Ya entonces pude oír a la abuela hablando a papá con voz muy alta y enfadada. Papá solo repetía: «Sí, sí. Lo sé. Lo haré. Lo haré».

Cuando colgó el teléfono suspiró de nuevo, me cogió en brazos y me sentó en sus rodillas.

—Así que has tenido un día muy emocionante hoy en el colegio, ¿verdad? Bueno, quiero oír todos los detalles.

Cuando acabé de contarle toda la historia a papá, él se rio, y ha sido la primera vez que lo oigo reír desde que murió mamá. Luego me dio un gran abrazo y me dijo que me fuera a la cama.

Capítulo 9

Domingo: 155 días desde que murió mamá

Los fines de semana se han vuelto largos y aburridos desde que mamá murió. Ya no hacemos nunca nada. Cuando vivía mamá siempre nos divertíamos en familia los fines de semana. Solíamos ir a nadar los sábados... Ahora ya no vamos. Si el domingo hacía buen tiempo, íbamos de excursión, papá, mamá, Conor y Sally y Bengala y yo. En realidad nunca me gustaron las excursiones, pero lo gracioso es que ahora las echo mucho de menos. Lo único que hacemos en casa ahora es ver la tele, discutir y poner música a todo volumen, y Conor nos vuelve locos con la batería.

Pero este domingo va a ser diferente.

La tía H y el tío Boris y Billy el chiquitín han venido desde Belfast para pasar el fin de semana en casa de la abuela y celebrar el primer cumpleaños de Billy el chiquitín, y todas sus hermanas y sus maridos y mis primos estarán allí para un guateque, dice la abuela (sea lo que sea eso del guateque).

Nosotros estuvimos a punto de no ir porque papá decía que todavía no se sentía preparado para una fiesta, pero primero la abuela y después la tía H le hablaron por teléfono ¡y se pusieron a reñirlo!

–Se lo debes a esos pobres niños. Debes hacer frente a la situación y empezar a vivir otra vez –oí que le decía la abuela. La oí porque me puse a escuchar, muy silenciosamente, por el teléfono de arriba. ¿Sabéis qué? Creo que sería una buena espía.

Así que ahora estamos todos de camino en el coche. Papá todavía no está contento..., continúa suspirando. Pero Sally y yo estamos encantadas. Sally no para de repetir que está deseando ver a Billy el chiquitín, con su mejor acento de Belfast. Conor finge que no le importa, pero yo sé que tiene la esperanza de que Nicholas lo lleve en su moto si la abuela no pone el grito en el cielo. Yo sostengo el gran coche de bomberos que Sally y yo compramos esta mañana para Billy el chiquitín.

Somos los últimos en llegar. Cada centímetro de la mesa de la cocina está llena de tartas.

–Tu abuela ha pasado toda la semana cocinando –me susurra el abuelo con voz

chillona-, y aquí están solo la mitad de las tartas que ha hecho, porque el resto se las ha comido ella. ¡No me extraña que esté tan gorda! –y me guiña el ojo.

–¡Te he oído, viejito –grita la abuela desde el salón.

El tío Boris me agarra por detrás y me columpia en el aire.

–¿Cómo está mi pequeña muchacha? –ruge. La abuela dice que el tío Boris no sabe hablar..., que solo sabe gritar.

En el salón, la tía H está teniendo una conversación muy seria con papá. Sally sostiene a Billy el chiquitín y él trata de apretarle la nariz. Sally es diferente cuando está con bebés; se olvida de ser fría y seria. Me gustaría que Sally siempre fuera así, con risitas y carcajadas.

Conor y Emmett están mirando la moto de Nicholas, y la tía M está hablando con la tía B sobre su tema favorito: ¡las bodas! El tío Horace y el tío Boris están hablando de dinero. Yo voy en busca de Emma..., pero ella me encuentra primero.

–Hola, Dig. ¿Todavía tienes problemas con ese culo ventoso, cariño?

–No, querida. Ahora estoy mucho mejor, gracias. Excepto que tengo un pie enorme –le digo.

–Oh, cielos, eso suena mal. Será mejor que me lo enseñes.

Entonces me siento en el suelo y me quito un zapato y un calcetín. Mi pie está de un azul brillante..., lo pinté con un rotulador fluorescente de color azul antes de venir.

–Me golpeé con el grifo cuando me estaba bañando. ¿Qué voy a hacer, Dag?

–¿Siempre te golpeas ese pie gordo con el grifo cuando te bañas, Dig? –pregunta Emma.

–Por supuesto.

–Yo también. Pero tiene mala pinta, Dig. ¿Quieres que lo corte, cariño?

–Si eso es lo que debes hacer, querida... ¿Me dolerá, Dag? –pregunto mientras Emma saca una gran hacha de plástico de la bolsa de juguetes del pequeño Billy.

–Dolerá un poco. Sé valiente, Dig –y comienza a cortar y yo empiezo a dar gritos. Billy el chiquitín oye el griterío y se contonea en brazos de Sally tambaleándose sobre nosotras. Luego cae encima de mí y trata de mordirme el pie. Sally corre y lo agarra y se cae encima de Emma y de mí, así que pronto estamos todos en el suelo, soltando risitas y risotadas, y Billy el chiquitín cree que es un juego estupendo.

Cuando paramos, cansadas de reírnos y de luchar, me doy cuenta de que todos los adultos han dejado de hablar y nos miran sonriendo, y la tía H tiene el brazo alrededor del hombro de papá y yo no sé si él se está riendo o está llorando. Creo que está haciendo las dos cosas.

Entonces la tía B se pone a dar palmadas con las manos y dice a todo el mundo que hay que ir a comer, halehale.

Cuando Billy el chiquitín ha soplado su vela cinco o seis veces (el abuelo la sigue encendiendo y todos los niños ayudamos a Billy el chiquitín con los soplidos) y todo el mundo ha cantado «Cumpleaños feliz» unas cinco veces y Billy el chiquitín ha puesto las dos manos en el azúcar glaseado y lo ha esparcido todo por la cara de Sally, la tía B nos da una noticia.

–He conseguido un trabajo de media jornada en el supermercado Besco, en la zona de alimentación –dice.

–¡Hale, hale! –grita Emmett, que se ha estado acabando el vino de todo el mundo cuando no miraban y tiene los ojos vidriosos. Si la tía B se enterara lo mataría.

Luego la tía B me mira a mí, después mira a Sally y a Conor y dice:

–Eso significa que ya no podré ir a vuestra casa por las mañanas a poner un poco de orden.

–¡Hale, hale! –grita Emmett de nuevo, y la tía B le lanza una de sus miradas.

–¡Un brindis por Betty la carnicera! –grita el tío Boris levantando su copa de vino, lo cual distrae a la tía B y salva a Emmett.

–¡Hale, hale! –gritan todos levantando sus copas de vino, y entonces Billy el chiquitín dice sus primeras palabras, «¡hale, hale!», y todo el mundo aplaude y se ríe.

De camino a casa le pregunto a Sally si ella lavará ahora nuestra ropa por ser la mayor de las chicas, y ella me da un golpe en el brazo.

–Sí, eso es, Mimi, Sally tendrá que lavar nuestra ropa ahora –dice Conor desde el asiento delantero, solo por bromear.

–Te odio, Conor –gruñe Sally–. ¡Os odio a los dos!

–¡Aguenta una broma, Sally! –le contesta Conor, pero Sally no se lo toma a broma. Se queda ahí sentada de brazos cruzados y con los labios apretados mirando fijamente por la ventana.

Nadie habla después de eso. Papá solo conduce el coche.

Capítulo 10

Lunes: 156 días desde que murió mamá

El lunes es el día que vamos a casa de la abuela. Normalmente es un buen día, pero este lunes fue un mal día.

Primera cosa mala: Me desperté horriblemente tarde y tardé una eternidad en encontrar mis zapatos..., pero al final estaban detrás del sofá, donde los envié anoche de una patada, así que eso estuvo bien.

Segunda cosa mala: No quedaba leche en casa y tuve que tomar mis cereales con agua. ¡Puaj!

Tercera cosa mala: El coche se quedó sin gasolina de camino al colegio y Sally y yo tuvimos que ir andando el resto del camino. Sally estaba furiosa.

–¡Esto es tan penoso...! –le gritaba a papá–. No te importamos nada, ¿verdad? –y luego cerró la puerta del coche de un golpe y salió como un vendaval sin esperarme.

–Lo siento –murmuró papá, totalmente amargado.

Cuarta cosa mala: Mi nueva maestra es horrible. Se llama señorita Hardy y es exactamente lo opuesto a la señorita Dida. Por otra parte, la señorita Dida ha tenido un niño, Roger, y nos envía todo su amor. Archibald (así es como llama ahora todo el mundo al señor Masters, a sus espaldas) vino a decírnoslo. Intentó mostrarse estricto y formal, pero no pudo evitar sonreír al decirnos que la señorita Dida había tenido un niño:

–Y os envía todo su... (tose y tose...) amor. La señorita Hardy será vuestra maestra durante los próximos tres meses y vais a ser muy buenas con ella. ¿Queda claro?

–Sí, señor Masters –respondemos todas a la vez.

Quinta cosa mala: A la señorita Hardy no le gusta que los alumnos lleguen tarde y yo llegué muy tarde.

–¿Y te llamas...? –fue lo primero que me dijo cuando irrumpí en la clase a las diez y cinco.

–Mimi.

–Bueno, Mimi, llegas más de una hora tarde. Supongo que tendrás una buena excusa –dijo con su voz dura y fría.

Así que yo le expliqué que me desperté tarde y perdí los zapatos y papá se quedó

sin gasolina y ella se quedó mirándome sin decir nada. Cuando terminé, simplemente escribió algo en su cuaderno y me dijo que me sentara.

Sexta cosa mala: Sarah fue tan horrible y asquerosa como de costumbre a la hora del recreo.

–Así que la chinita tontita se durmió y perdió sus zapatos y papá se quedó sin gasolina, ¿verdad? ¿Qué excusa vas a inventar mañana, tontita?... ¿Que la cama explotó? ¿Que un elefante se sentó encima del coche? ¿Que se te cayó el pulgar de tanto chuparlo? No creo que le caigas muy bien a la señorita Hardy –y me golpeó el brazo y se marchó corriendo con su risa socarrona y su pandilla.

–Fracasadas –dijo Orla. Pero yo no estoy tan segura. Tal vez seamos Orla y yo las fracasadas.

Séptima cosa mala: La señora Lemon tampoco me dio chucherías hoy. ¿Por qué todo el mundo está siendo tan horrible?

Octava cosa mala: Hubo un apagón cuando estaba en casa de la abuela. Ocurrió un minuto después de que la abuela hubiera puesto los bollitos en el horno. Así que no hubo pasteles. ¡Es increíble! Y eso no es lo peor...: nada de tele, tampoco. ¿Cómo voy a saber si Ginger será rescatada a tiempo antes de que suba la marea y se ahogue?

De hecho eso no estuvo tan mal, porque el abuelo me envió al ático a buscar una lámpara que había guardado allí hace unos diez años. Me dio una linterna y tuve que subir los escalones y meterme por un agujero del techo y él me gritó que tuviera cuidado y que pisara solo las vigas de madera o me caería a través del techo.

La abuela estaba charlando con Sally en la cocina, así que no supo que estábamos en eso, de lo contrario le hubiera dado un ataque. Finalmente encontré la lámpara..., pero lo mejor es que también encontré cajas de juguetes que mis tías y mi mami usaban para jugar cuando eran pequeñas.

La mayoría de juguetes eran muñecas.

–Las que están sin cabeza, sin brazos o sin piernas eran de tu madre –explicó el abuelo cuando las desparramé por el suelo del salón–. Le encantaba jugar a médicos, y eso siempre implicaba amputar a las pobres muñecas la cabeza o la pierna o alguna otra cosa.

Otra cosa buena en un día lleno de cosas malas fue que el abuelo olvidó darme la lección de ajedrez.

Novena cosa mala: El abuelo chocó el cacharro contra la columna cuando estaba saliendo del garaje marcha atrás. Yo iba sentada atrás con la abuela y con Sally; Conor iba delante.

–Vaya... –dijo el abuelo.

–¡Vaya! –gritó la abuela–. ¿Eso es todo lo que se te ocurre decir? ¡Vaya! ¡Podrías habernos matado a todos!

El abuelo no respondió a eso y los tres niños nos quedamos muy quietos. El

abuelo y la abuela bajaron a inspeccionar el daño.

–No es tan grave –dijo el abuelo–, solamente un faro roto.

Pero la abuela estaba muda de rabia. Durante todo el camino a casa el abuelo condujo más lento que de costumbre. Se paró en todas las luces rojas. La atmósfera en el coche era horrible..., nadie decía ni una palabra. ¿Cuántas cosas malas pueden pasar en un día?

Capítulo 11

De hecho en un día pueden pasar un montón de cosas malas... ¡Demasiadas para un capítulo!

Décima cosa mala: La cena. Normalmente no me importa que la pizza esté o no quemada porque no me la suelo comer, pero hoy tenía hambre porque no había chucherías ni pasteles que comer en mi cena y aquello era como masticar un neumático.

Sally también tenía hambre y seguía enfadada con papá por lo de esta mañana.

–Esto es horrible –le dijo–. ¡Una porquería incomible asquerosa, repugnante, inmundicia y tóxica! ¿No puedes cocinar a tus hijos otra cosa que no sea pizza? ¡Y ni siquiera puedes cocinar la pizza como es debido! ¡Te odio! –y tiró el resto de la pizza a la basura (lo cual fue una pena, porque Bengala la habría disfrutado). Luego salió corriendo de la cocina y se metió en su cuarto dando un portazo tan fuerte que los cuadros de las paredes temblaron.

Lloró durante horas y horas. Tuve que poner la tele a todo volumen para no oírla. Me gustaría que mami estuviera aquí.

Papá estaba preocupado también. Se quedó sentado en su silla y no dijo nada, pero tenía la frente toda arrugada y los ojos negros y los labios apretados. Y continuaba suspirando.

Conor desapareció en su habitación y comenzó a aporrear la batería.

Undécima cosa mala: La casa está muy desordenada porque la tía B no viene a ordenarla. Los boles y platos del desayuno están todavía sucios y parece haber un montón de ropa perdida y zapatos por el suelo. Las cortinas de la mayoría de las habitaciones no se han abierto. Nuestra casa se está convirtiendo en un basurero.

Duodécima cosa mala: Sonó el timbre. Mona y Brian estaban de pie ante la puerta cuando la abrí. Son nuestros vecinos y son gente muy simpática, pero, como diría la abuela, son muy reservados, así que no sabemos mucho de ellos... excepto en verano cuando están fuera en el jardín haciendo barbacoas. Tienen un bebé que se llama Barry.

–Hola, Mimi –dice Mona–. ¿Puedo hablar con tu padre, por favor? –tenía la cara muy roja. Mona es el tipo de mujer que se sonroja todo el tiempo.

Me quedé de pie detrás de papá cuando él vino a la puerta.

–Hola, Paul –dijo Brian (Paul es el nombre de papá).

–Hola, Brian. Hola, Mona –dijo papá–. ¿Qué puedo hacer por vosotros?

–Bueno –empezó a decir Brian–, no sé por dónde empezar, pero...

–Sabemos lo difícil que deben de ser para ti las cosas desde que Rosa... ya sabes...

falleció, pero... –y ahora Mona estaba todavía más roja y se miraba los zapatos.

–Es solo que... –intervino Brian.

–¡No podemos dormir! –soltó Mona.

–Y Barry tampoco puede dormir –dijo Brian–. ¡Y esto tiene que parar!

–¿El qué tiene que parar? –preguntó papá con pinta de estar desconcertado..., pero yo sabía de qué estaban hablando.

–¡El escándalo! –dijo Mona–. El horrible escándalo que hay todas las noches... La televisión a todo volumen, la música a todo volumen y, lo peor de todo, la batería... sonando y sonando casi toda la noche y todas las noches. ¡Bang bang bang sonando y sonando! –Mona tenía la cara realmente muy roja.

Brian asentía una y otra vez y miraba muy serio.

–¡Oh! –dijo papá. Y entonces se quedó ahí de pie y se puso a escuchar. Y desde luego la tele rugía en el salón y Conor estaba enloquecido con la batería y Sally había decidido poner su música... a todo volumen. La casa sonaba como un carnaval.

Papá inclinó la cabeza a un lado como un pájaro que trata de oír gusanos.

–Es ruidoso, ¿verdad? –dijo, como si estuviera notando el ruido por primera vez.

–¡Sí! –dijeron Mona y Brian a la vez.

Ahora fue papá el que se puso rojo.

–Lo siento mucho –dijo–. ¿En qué he estado pensando? ¡Este ruido es terrible! ¿Por qué no lo mencionasteis antes? Me siento tan avergonzado... ¡Esto va a parar inmediatamente, no os preocupéis! De veras que lo siento.

–Gracias, gracias –murmuraron Mona y Brian a la vez mientras se alejaban de la puerta.

Papá dio la vuelta sobre sus tobillos, fue al salón y apagó la tele. Luego se dirigió directamente al piso de arriba, entró en la habitación de Sally y dio un tirón al enchufe de los altavoces de su iPod. La siguiente parada fue la habitación de Conor... Se quedó boquiabierto cuando papá le arrancó los palillos de las manos y se marchó por las escaleras, con el cuello tan rojo como un tomate.

Ahí es cuando decidí irme a la cama. Doce cosas malas en un solo día son suficientes. Me metí el pulgar en la boca y le dije a la foto de mamá que no iba a hablarle porque era culpa suya por dejarse atropellar en la bici y dejarnos solos para que nos arreglemos por nuestra cuenta.

Capítulo 12

Martes: 157 días desde que murió mamá

Cuando me desperté, el sol se colaba por la ventana y era muy agradable quedarse allí en mi acogedora cama sabiendo que era sábado y no tenía que ir al colegio. ¿Te ha pasado alguna vez? ¿Te has despertado alguna vez un martes, has pensado que era sábado y te has dado la vuelta para dormir al sol durante una hora más?

Bueno, pues eso es lo que me pasó a mí el martes. Y cuando finalmente me desperté y me di cuenta –¡oh, Dios mío!– de que en realidad era martes, no sábado, y de que iba a llegar espantosamente tarde al colegio de nuevo, entré en estado de pánico.

¿Dónde estaba mi uniforme? Toda mi ropa estaba apilada en el suelo. La lancé a un lado y a otro y acabé por encontrar mi uniforme, solo que había una gran mancha de salsa de tomate de mi pizza en la parte delantera... pero tendría que ponérmelo. Mi corbata (sí, tenemos que llevar corbata en el colegio..., ¿puedes creértelo, a estas alturas y a esta edad?) era lo que no encontraba ahora, así que me dije: «¿Y qué?», al más puro estilo de Sally. Sally ya se había ido al colegio, y lo mismo había hecho Conor, sin avisarme, por supuesto. Son los hermanos más malos y horribles que hay en el mundo entero.

Cuando encontré a papá, sentado contemplando la maleza a través de la ventana de la cocina, se dio la vuelta y me miró sorprendido.

–Pensé que te habías ido al colegio –dijo.

–Bueno, pensaste mal –casi le grito–. ¡Ahora llévame al colegio!

Afortunadamente había suficiente gasolina en el coche esta vez. Desafortunadamente, la señorita Hardy me sorprendió tratando de entrar en clase a hurtadillas mientras ella estaba de cara a la pizarra. Lo habría conseguido si no fuera porque Sarah gritó:

–Señorita Hardy, Mimi está llegando tarde otra vez.

La señorita Hardy se dio la vuelta y me miró y luego miró a Sarah.

–¿Disfrutas contando historias, Sarah? –le preguntó, y Sarah no supo qué decir. Luego la maestra se volvió hacia mí–: Ve a sentarte, Mimi. Hablaré contigo a la hora del recreo.

No tuve que esperar mucho. Había llegado tan tarde que era casi la hora del

recreo. A la hora del recreo los otros niños salieron de clase. Sarah, al pasar a mi lado, me susurró:

–Eres carne muerta –yo no sabía si se refería a que ella iba a matarme o a que iba a matarme la señorita Hardy... Creo que probablemente se refería a las dos cosas. Yo estaba sola en la clase con la señorita Hardy. Fue entonces cuando pensé que hoy habría sido un buen día para quedarse en casa enferma en la cama... ¡Lástima no haberlo pensado antes!

–Entonces, dime, Mimi, ¿por qué llegas tarde de nuevo? –preguntó, con una voz bastante amable..., aunque con las maestras nunca puedes estar segura. Pueden mostrarse amables y al minuto siguiente desagradables como un perro rabioso, así que fui cuidadosa.

–Me desperté y creí que era sábado, así que me dormí otra vez, pero en realidad era solo martes y entonces no podía encontrar el uniforme del colegio pero estaba debajo de otra ropa, pero no había forma de encontrar mi corbata... y entonces tuve que conseguir que papá dejara de mirar por la ventana para que me llevara al colegio.

La señorita Dida lo habría entendido, eso seguro, pero la señorita Hardy solo se quedó mirando la mancha de salsa de tomate de mi uniforme y luego puso el dedo en ella y lo olió.

–¿Salsa de tomate? –preguntó, y antes de que pudiera responder dijo que yo tenía muchas ojeras y me preguntó a qué hora me iba a la cama.

Yo le dije que siempre me iba a la cama a las doce o a las once o a la una de la mañana o cuando estaba cansada, pero a veces estaba demasiado cansada para subir las escaleras y me quedaba viendo la tele otra hora o dos hasta que tenía energía para irme a la cama.

–¡Hum! –dijo ella–, ¿y qué hace tu padre respecto a eso?

Debería haberle dicho que mamá murió atropellada en la bici por el autobús 82, hace 157 días, y que a mi padre ya no le importa nada. Pero por alguna razón no pude decirlo. Me quedé ahí mirando el suelo y esperando que la señorita Hardy me gritara.

Pero todo lo que ella dijo fue:

–De acuerdo, Mimi, quiero que escribas diez líneas para mí que digan «No debo llegar tarde al colegio» y me las entregues mañana. Ahora sal fuera a jugar. Y trata de llegar puntual mañana, por favor.

Capítulo 13

Bueno, diez líneas no eran para tanto. Puede que después de todo la señorita Hardy tampoco fuera un hueso tan duro de roer. Así es como la llama Orla: «Un hueso duro de roer». En el recreo, Orla me contó uno de sus chistes:

–¿Cómo puedes saber si hay un elefante en la nevera?

Por supuesto yo no tenía ni idea.

–Puedes ver sus huellas en la mantequilla –yo debía de parecer desconcertada, porque Orla comenzó a dar su explicación–: Es improbable que necesites buscar huellas para ver un elefante en una nevera, ¿no crees? –me preguntó..., pero justo entonces apareció Sarah con sus dos perritas falderas, así que no respondí a Orla.

–A ver... tontita... –comenzó la matona, pero en ese momento sonó el timbre del recreo y el señor Masters rugió para que nos pusiéramos en fila en silencio.

–Salvadas por el timbre –susurró Orla.

Después del recreo, la señorita Hardy me encargó escribir treinta líneas por no haber hecho mis deberes y me dijo que hiciera los deberes de los dos días para mañana.

–Los deberes que no hagas no van a desaparecer –me dijo–. Simplemente se acumularán –realmente echo de menos a la señorita Dida.

Después del colegio, Sally, Conor y yo tuvimos que ir a casa de la abuela antes de ir a casa de la tía M porque ella nos iba a llevar al dentista. No me molesta ir al dentista, porque siempre dice que tengo la dentadura tan afilada como la de un tigre y nunca me han tenido que empastar caries ni sacarme una muela.

Pasó algo extraño cuando entré en la tienda de la señora Lemon. Ella salió de detrás del mostrador, me dio un gran abrazo y dijo que lo sentía por pensar que yo era igual que los demás. Me gustaría que la gente no hablara con adivinanzas. No sé lo que quieren decir, pero lo bueno es que me puso algunas chucherías en la mano de nuevo porque nunca más iba a pensar que yo era igual que los demás.

Sally me esperaba fuera y no quiso entrar. Yo no le di chucherías porque iba al dentista, y yo solo me comí cuatro. Caminamos en silencio hasta casa de la abuela. Conor ya estaba allí..., había salido del colegio más temprano para ir al dentista. Él tampoco estaba preocupado, ni lo estaba Sally. Tenemos una estupenda dentadura en nuestra familia... Eso es lo que el dentista le dijo a mamá la última vez que estuvimos allí.

Fuimos en el cacharro, con el abuelo al volante, cantando a todo volumen una tonta canción vieja sobre vivir en un submarino amarillo.

–Mantén los ojos en la carretera –le riñó la abuela. Pero el abuelo se limitó a

guiñar el ojo a Conor y se dio la vuelta en su asiento para mirar a la abuela a los ojos y cambiar su canción por «Eres mi sol, mi único sol».

–¡Mantén los ojos en la carretera! –gritamos yo y Sally y la abuela juntas, y el abuelo volvió a girar la cabeza hacia delante y no se mató nadie.

–¡Qué pandilla de tontuelas llevamos hoy ahí atrás! –le dijo a Conor dándole una palmada en la rodilla.

Conor se rio, pero la abuela dijo:

–¡Mantén las manos en el volante, viejito!

No pude evitar pensar que hoy era un día mucho mejor que ayer. Eso fue antes de ver al dentista.

–Bueno, Mimi, súbete al asiento y abre bien la boca. Veamos cómo están esos dientes –dijo el señor George, el dentista.

Me encanta la silla del dentista. Es más grande que yo, y él la echa hacia atrás casi tanto como una cama, y luego le da al pedal y el asiento se levanta. Después enciende una lámpara grande y redonda sobre mi cara, y la chica que le hace de ayudante le pasa sus herramientas diminutas y él mantiene mi boca abierta y comienza a revisar mis dientes.

–Ajá –murmura, y revisa algunos más. Luego dice «Ajá» de nuevo, pero no parece muy contento–. ¿Cuándo fue la última vez que te lavaste los dientes, señorita? –me dice.

Bueno..., era una pregunta difícil y no tenía ni idea de qué responder, así que le dije que no me acordaba, solo que con sus dedos dentro de mi boca sonó algo así como «nomeacuerdo».

–Ajá –murmura de nuevo, y luego me dice que me enjuague.

Eso me gusta bastante. La chica que lo ayuda me da un vaso con agua de color rosa y yo escupo en el pequeño lavamanos que va unido a la silla. Es una silla realmente estupenda; podrías casi vivir en ella si tuviera también anexa una tele y un microondas.

Luego viene el momento en que el señor George siempre dice «Vamos abajo, jovencita, y continúa cuidándote esa dentadura de tigre», solo que hoy no lo dice. Me deja allí sentada y va a buscar a la abuela y tiene una larga conversación con ella en el vestíbulo, en susurros, pero yo oigo la mayor parte de lo que dice y no me gusta nada cómo suena.

–...cinco empastes... signos tempranos de encías enfermas... la dentadura completamente abandonada...

A Sally y a Conor tampoco les va muy bien. Todos necesitamos un montón de empastes, y la ayudante nos pone citas. Luego el señor George nos da una gran lección sobre higiene dental, y cepillarnos los dientes cada mañana y cada noche, y acabar con las chucherías y comer zanahorias crudas y manzanas y vegetales y

cosas de esas, y la abuela se queda allí de pie escuchándolo todo con los labios apretados.

El trayecto hasta casa de la tía M fue muy silencioso. Cuando pasamos junto al supermercado, la abuela le dijo al abuelo que aparcara el cacharro. Luego entró y compró tres cepillos de dientes nuevos y tres tubos de pasta de dientes, hilo dental y enjuague para la boca y una caja de pastillas rojas que se llaman comprimidos reveladores. Dijo que la primera cosa que haríamos en el apartamento de la tía M sería lavarnos los dientes... ¡como es debido!

Capítulo 14

La tía M tenía su montón de chokolatinas y chucherías y bebidas con gas esparcidas sobre la mesa. Se te hacía la boca agua. Me acerqué y cogí una chokolatina Spiff.

–Bueno, para empezar, todo esto se acabó –dijo la abuela a la tía M, sacándome la tableta de la mano y tirándola al cubo de basura.

La tía M afiló la mirada, pero antes de que pudiera explotar, la abuela saltó:

–Puede que sea una buena idea, Margarita. Estos chicos acaban de tener un informe muy malo del dentista..., así que nada de comida basura por algún tiempo.

Yo noté que la tía M no estaba demasiado contenta de que todos sus regalos tuvieran que volver al armario, pero al menos no empezó a pelearse con la abuela. Cuando la tía M y la abuela empiezan a gritarse la una a la otra se desata el infierno.

En lugar de ponerse como loca, la tía M nos llevó a mí y a Sally hasta su cuarto de baño diminuto y nos mostró cómo usar las pastillas reveladoras.

–Chupadlas y veremos –dijo, y nos pusimos a chupar una pastilla roja cada una. La tía M hizo lo mismo.

Bueno, mis dientes y los de Sally se pusieron todos rojos, pero los de la tía M siguieron blancos y brillantes.

–¡Parecéis vampiros! –se rio–. Tal vez mamá tenga razón y necesitéis empezar a comer como es debido.

La tía M llama mamá a la abuela porque es su madre. Luego nos explicó que los comprimidos reveladores te muestran todas las bacterias sucias y la porquería que hay en las encías de nuestra dentadura, y que ella no tiene porque usa seda dental y se cepilla los dientes como es debido durante al menos tres minutos dos veces al día y usa un enjuague bucal, y que será mejor que empecemos a hacer lo mismo o tendremos que llevar dentadura postiza antes de cumplir los veinte años. Así que tuvimos que lavarnos los dientes de la forma que nos mostró, arriba y abajo, adelante y atrás y adentro y afuera hasta que todo lo rojo se fue, y tuvimos que limpiarnos con el hilo dental ese y enjuagarnos y hacer gárgaras con el enjuague bucal. El hilo dental me hizo sangrar mucho las encías, pero la tía M dijo que se endurecerían pronto. Luego entró Conor para reírse de nosotras, pero Sally lo agarró y la tía M trató de meterle un comprimido revelador en la boca y él se echó hacia atrás y se cayó de culo fuera del lavabo. Cuando levantó la vista, la abuela estaba de pie por encima de él con los brazos cruzados y le dijo que entrara en el baño a lavarse esos dientes o que se sentaría encima de él.

–¡Y eso no te gustaría! –se rio el abuelo, con la cabeza en el periódico, así que Conor no tuvo más remedio que chupar la pastilla.

–Tus dientes están hechos un desastre, Conor –le dijo Sally, y él le pellizcó el brazo.

Pero la tía M dijo: «¡Estaos quietos los dos!», y ordenó a Sally que saliera del lavabo porque ya había acabado. Conor quiso saber dónde estaba Nicholas, pero la tía M respondió que ni lo sabía ni le importaba, lo cual significa que han tenido otra pelea, supongo.

La abuela alzó los ojos al cielo, pero el abuelo comenzó a soltar risitas detrás del periódico.

–¿Qué te ha hecho ahora el chico, Margarita? –preguntó.

–No te lo podrás creer, papá, ¿pero sabes lo que quiere hacer? Quiere ir en esa asquerosa moto vieja desde la salida de la iglesia hasta el hotel después de la boda. ¿No te parece increíble?

–Suená guay –dijo Conor–. ¡A mí me encantaría!

–¡Oh!, ya sé que a ti te encantaría, Conor –bramó la tía M–, ¡pero tú no eres el que va a casarse! Imagínate lo que sería eso... ¡Yo con mi vestido blanco de boda en la parte trasera de la moto con un casco en la cabeza! ¡Si no empieza a demostrar pronto un poco de sentido común, ya puede pensar en casarse con otra!

–¡Por favor! –dijo la abuela–. Ese chico es tan inmaduro a veces.

–¿Cómo te atreves a hablar así de mi Nicholas? –gritó la tía M girándose hacia la abuela.

El abuelo se levantó de un salto y dio unas palmadas con las manos, luego declaró que era hora de marcharse y fue directo a la puerta, justo a tiempo de impedir otra de las formidables peleas entre la abuela y tía M.

De camino a casa en el cacharro, la abuela se bajó en el supermercado y compró una gran bolsa de fruta fresca y vegetales para que papá cocinara.

–Me pregunto qué dirá de esto papá –me susurró Sally en el asiento trasero del coche.

Capítulo 15

Esa noche no fue muy estupenda.

La abuela y el abuelo tuvieron una larga charla con papá y yo no habría necesitado estar junto a la puerta del salón escuchando para saber sobre qué discutían.

La abuela dijo algo acerca de que ella también había perdido una hija, y que los niños, nosotros, habíamos perdido una madre, y que era hora de que papá se recompusiera y se comportara de nuevo como un padre. El abuelo no dijo gran cosa y papá tampoco dijo mucho, pero la abuela estaba lanzada.

Le dijo que los dientes se nos estaban cayendo, y que pizza todas las noches no era de ninguna manera una dieta adecuada para niños en edad de crecer, y que necesitábamos fruta y vegetales y carne y todo tipo de cosas como esas. Tampoco se detuvo ahí: le dijo que la casa era un desastre...; que yo, Mimi, iba por ahí con el uniforme cubierto de ketchup, que Sally necesitaba mano dura o perdería completamente el norte y que Conor estaba cada vez más y más ensimismado... ¿Y están haciendo los niños sus tareas escolares? ¿Y qué pasaría cuando papá volviera a trabajar?

–Papá está recibiendo un rapapolvo –susurró Sally, que estaba escuchando conmigo junto a la puerta. Conor estaba en el piso de arriba aporreando la batería... Debe de haber encontrado de nuevo sus palillos. Luego tuvimos que salir disparadas a la cocina porque la abuela terminó y se dirigió hacia la puerta.

–Adiós, niños –gritó mientras ella y el abuelo salían.

Papá no fue hasta la puerta principal. Se quedó sentado en el salón durante unos minutos con la cara muy roja y una expresión muy enfadada en la boca.

–¡Bien! –dijo de repente, levantándose del sillón de un salto, y pasó junto a mí, que estaba al lado de la puerta, y se precipitó hacia las escaleras para subir los escalones de dos en dos-. ¿He dicho o no he dicho que no va a haber más batería? –rugió, y agarró los dos palillos del perplejo Conor, los rompió contra la rodilla y los arrojó a un rincón.

El pobre Conor estaba sin habla.

Entonces, sin decirle ni una palabra, papá se precipitó escaleras abajo gritándonos a mí y a Sally.

–¡A vuestras habitaciones las dos a hacer los deberes!... Y no quiero oír ni la tele ni tu música, Sally. ¡La comida estará lista dentro de media hora!

¡Y yo pensaba que ayer había sido un mal día! Me senté en mi habitación y lloré durante toda la media hora. Después de un rato Sally vino en silencio, me puso el brazo alrededor de los hombros y me dijo que no me preocupara, que a papá se le pasaría pronto y se calmaría y todo volvería de nuevo a la normalidad. Pero eso me hizo llorar más, porque yo no quería que las cosas volvieran a ser como eran cuando papá andaba siempre triste por todas partes. Yo quería que las cosas volvieran a ser como eran antes de que mamá fuera arrollada por el autobús 82, cuando nuestra casa era un bonito lugar donde vivir.

Pero justo entonces mi móvil dio un pitido y era un mensaje de texto de Orla – uno de sus chistes estúpidos, por supuesto– y Sally hizo que se lo leyera:

¿Cuál es la mejor manera de atrapar un conejo?
Esconderte detrás de un arbusto y hacer el ruido
de una zanahoria. Ja Ja Ja Orla X X X

Aunque pensé que era un chiste muy tonto empecé a soltar risitas y a llorar al mismo tiempo, y lo mismo hizo Sally, y pronto las dos estábamos rodando en la cama riéndonos a carcajadas... y no puedo explicar por qué nos reíamos tanto si estábamos tan tristes.

–La cena está lista –llamó papá, y su voz sonó tan enfadada como antes.

–Vamos a ver qué cena de cinco estrellas nos ha preparado papá para deleitarnos –dijo Sally.

La mesa estaba puesta y había mucho humo en la cocina y olor a quemado. Sally me puso caras a espaldas de papá y yo tuve que ponerme la mano en la boca para parar de reírme.

La cena estaba asquerosa. Yo creí que a Sally le gustaría, porque prácticamente todo era negro. Papá, esto es evidente, no es el mejor cocinero del mundo. Había un montón de verduras pasadas en cada plato, supuestamente eran guisantes, al lado de una cosa negra dura y curvada hacia arriba por los bordes que por lo visto era una chuleta. Las patatas por lo menos podías reconocerlas.

–Nadie dejará la mesa hasta haber terminado todo el plato –dijo papá.

–No puedes decirlo en serio. ¡Ni un perro se comería esto! –dijo Sally, y empujó su plato hasta el centro de la mesa.

–Harás lo que se te ha dicho, señorita –le contestó papá–. Aquí va a haber unos cuantos cambios, jovencita.

Era como si las palabras que le había dicho la abuela hubieran encendido una mecha en papá y puesto fin a eso de andar merodeando con cara de triste, y en su lugar estaba ahora este papá realmente enfadado, y a mí no me gustaba nada. A veces me gustaría que la abuela se ocupara solo de sus propios asuntos.

Bueno, Conor se comió la comida porque tiene el estómago como un cubo de basura, pero no dirigió ni una palabra a nadie y tenía los ojos rojos y hinchados. Cuando terminó se fue directo a su habitación y dio un portazo tan fuerte que saltaron los platos de encima de la mesa.

Al final conseguí terminar mi comida, aunque tuve varias veces ganas de vomitar. Tuve que masticar cada bocado de carne unas quinientas veces antes de tragármelo, y descubrí que cerrar los ojos ayudaba para tragarse los guisantes. Las patatas estaban... bien.

Sally no comió nada. Se quedó sentada con la boca cerrada mientras la cena se enfriaba cada vez más y papá se ponía cada vez más loco. Me ordenó que me fuera a mi habitación y me preparara para meterme en la cama y dijo que subiría más tarde para ver cómo me lavaba los dientes. Eran solo las siete, pero la idea de ir a la cama me pareció bien.

A los veinte minutos papá subió para asegurarse de que me lavara los dientes como es debido. Sally todavía estaba en la mesa, supongo, porque ella no apareció. Papá se quedó allí de pie con los brazos cruzados y la cara muy roja mientras yo me cepillaba los dientes durante tres minutos. No creo que él oyera abrirse la puerta trasera, pero yo sí la oí y no era difícil adivinar lo que estaba haciendo Sally. Yo ya había tenido bastantes disgustos por un día, así que me metí en la cama y cerré la puerta, después de que papá me diera un beso rápido y me deseara las buenas noches enfadado. Incluso con la puerta cerrada pude oír a papá rugiendo a Sally por haber dado a Bengala una comida que estaba perfectamente bien. Era el final de un día asqueroso, así que apreté la almohada con fuerza sobre mi cabeza para no oír todo el griterío, me puse el pulgar en la boca y me quedé dormida sin dar las buenas noches ni a mamá ni a Socky.

Capítulo 16

Probablemente fue porque me metí en la cama tan temprano, o porque un sol radiante entraba por mi ventana, pero por la razón que sea me desperté temprano y con energía. Me puse de rodillas en la cama, abrí las cortinas y miré el jardín de la parte trasera de la casa. Tenemos un gran jardín detrás; el césped está muy largo, pero aun así se hubiera visto precioso bajo el sol si Bengala no hubiera estado en el medio haciendo su caca matinal. El jardín debe de estar lleno de caca de perro ahora porque nadie lo limpia.

Mamá era una jardinera «ferviente», lo cual significa, me parece, que era muy buena jardinera. La verdad es que dedicaba mucho tiempo a las tareas de jardinería y nuestro jardín estaba lleno de flores. Pero siempre nos dejaba sitio para jugar, así que había mucho césped y un columpio y un tobogán grande y una cabaña de verdad en lo alto de un árbol con una pequeña escalera de madera para subirse. Sally y yo pasábamos mucho tiempo en la cabaña del árbol. Siempre teníamos allí un cubo de agua para arrojarlo a Conor y a sus amigos cuando decidían atacarnos. Ahora nadie juega en el jardín, excepto Bengala, que lo ha convertido en un enorme estercolero.

Estaba pensando en todo esto cuando entró bruscamente papá, lo cual me sorprendió mucho, porque ahora casi nunca viene a mi habitación. La otra gran sorpresa fue que no estaba cansado y triste.

–Te has despertado temprano –dijo alegremente–. Ahora vístete rápido, toma el desayuno, lávate los dientes y mientras tú haces todo eso yo voy a lavar esta pila de ropa, y luego te llevaré al colegio –y tras decir esto levantó del suelo un buen montón de ropa y se dirigió escaleras abajo para meterla en la lavadora.

Cuando estaba a medio vestir me di cuenta de que se había llevado todo mi uniforme, excepto la corbata.

–¡Papá! –grité–. ¡Mi uniforme! –pero era demasiado tarde. Ya estaba chapoteando en la lavadora. Yo no me puse muy contenta.

–Oh, no se acaba el mundo, Mimi. ¡Ponte otra cosa y deja de armar escándalo!

Estaba enfadado otra vez, pero no era culpa mía. Sally no salía de la cama y Conor había derramado leche por todo el suelo de la cocina... por un accidente provocado, yo creo. Papá ponía todo de su parte para hacerlo lo mejor posible, pero su humor no mejoraba.

–Lávate los dientes, Mimi, ¡ahora! –me ladró, y eso fue muy injusto porque yo era la única que estaba haciendo lo que le decían–. Uno, dos, tres... –ahora estaba

contando a todo volumen y si Sally no se levantaba cuando llegara a diez la castigaría sin salir de casa durante una semana.

Sally se levantó exactamente cuando llegó a diez y dirigió al pobre papá una de sus miradas de «cuánto te odio». Cuando estuvo vestida ya era la hora de irse.

–Tómate el desayuno rápido y lávate los dientes –ordenó papá.

–Yo no desayuno, cosa que sabrías si mostraras algún interés por nosotros –le dijo Sally.

Conor y yo estábamos de pie ante la puerta, pero papá no saldría hasta que Sally tomara algo de desayuno.

Sally odia llegar tarde al colegio, así que se tragó tres cucharadas llenas de cereales y parecía a punto de vomitar.

–¿Satisfecho? –le gritó a papá, y agarró su mochila. El rímel negro le goteaba por la nariz como si no hubiera tenido tiempo de ponérselo bien... o tal vez es que estaba llorando.

–No –dijo papá–. Ve a lavarte los dientes... durante tres minutos.

–¡Te odio! –gritó ella, y subió corriendo al lavabo. Papá controló el tiempo para asegurarse de que empleaba tres minutos. Ella casi rompe la puerta del coche, del portazo tan fuerte que dio.

–Gracias, Sally –dijo Conor–. ¡Ahora vamos a llegar todos tarde!

–¡Cállate la boca, Conor! –gritó ella, y empezó a darle golpes. Afortunadamente, yo estaba en la parte delantera.

–¡Parad los dos ahora mismo! –rugió papá, y yo me pregunté si las cosas podían empeorar.

Capítulo 17

Sí, las cosas podían empeorar. Toda la clase estaba trabajando en silencio cuando entré... terriblemente tarde, por supuesto, gracias a Sally. Veintisiete cabezas se volvieron a mirarme y yo sentí mi cara roja como un tomate aunque no pareciera un tomate. Como tengo la piel morena nadie puede notar si me sonrojo, pero yo estaba sonrojada por dentro.

La señorita Hardy miró su reloj.

–Llegas muy tarde, Mimi –dijo.

–Ya... ya... ya lo sé –me tembló la voz y pude oír que algunos niños soltaban risitas.

–¡Silencio! –dijo la señorita Hardy–. Siéntate, Mimi, y saca tus deberes. Y otra cosa, ¿dónde está tu uniforme?

–En la lavadora, señorita –susurré–. Papá lo metió todo en la lavadora esta mañana antes de que yo pudiera detenerlo.

De nuevo oí las risitas de los niños.

–Bueno, saca tus deberes, Mimi –dijo la señorita Hardy, con bastante amabilidad... pero cuánto deseaba que volviera la señorita Dida.

Por supuesto yo no tenía deberes que mostrarle a la señorita Hardy, así que me quedé mirando mi pupitre. No me sentía muy bien y tenía que tragar saliva con fuerza para no llorar.

–¿Tus líneas? –preguntó la señorita Hardy... y eso ya fue demasiado. Empecé a lloriquear como un bebé. Traté de limpiarme las lágrimas con el dorso de mi mano y lo único que logré fue esparcirme los mocos por toda la cara. Orla me pasó el brazo por encima de los hombros.

–La madre de Mimi fue atropellada por un autobús, así que ella ya no hace los deberes, señorita, excepto los miércoles –soltó Sarah.

–¿Alguien te ha preguntado, Sarah? –le riñó la señorita Hardy mirándola con rabia.

–No, señorita –murmuró Sarah, y se puso muy roja.

Luego la señorita Hardy se agachó delante de mi pupitre y me habló en voz baja. Yo sorbía por la nariz y sollozaba, pero su voz, aunque suave, también era firme. La señorita Dida me habría abrazado y hubiera dicho que no pasaba nada.

–Mimi, siento mucho lo de tu madre –dijo la señorita Hardy–, pero esa no es razón para descuidar tu trabajo. Espero que hagas los deberes cada noche y que llegues al colegio puntual, con tu uniforme completo, cada mañana. Entrégame los

deberes que no has hecho y las líneas para mañana, por favor. Y ahora, dime, ¿cuál es tu número de teléfono?

–Dosochotressieteseiscuatronueve –solté precipitadamente.

–Un poco más despacio, Mimi –sonrió la señorita Hardy.

–Dos –sollozo– ocho –sollozo– tressiete –sollozo, sollozo– seiscuatronueve – gran sollozo.

–Gracias –dijo la señorita Hardy, tras anotar el número–. Creo que tendré una pequeña charla con tu padre. No tienes por qué preocuparte.

–Creo que tendré una pequeña charla con tu padre. No tienes por qué preocuparte –se burló Sarah en el recreo, empujándome hacia un lado–. Eres una patética fracasada y una chinita tontita –me abucheó, y las de su pandilla antes de marcharse se rieron haciendo ese ruido de agua cayendo por el desagüe.

–Escoria podrida y asquerosa –susurró Orla mientras me ayudaba a levantarme–. ¿Sabes lo que le dice un policía a su barriga? Estás atestada.

Y aunque me sentía muy triste tuve que reírme, porque pillé ese chiste y era realmente muy tonto.

Capítulo 18

Esa tarde fui directamente a casa de tía B. No paré en la tienda de la señora Lemon porque temía que, si me retrasaba, Sarah estuviera esperándome fuera para matarme.

Emma abrió la puerta.

–Buenos días, Dig –me saludó, y me dio uno de sus abrazos de persona famosa. Emma y yo vamos a ser famosas cuando seamos mayores, por eso tenemos que practicar nuestros abrazos–. ¿Cómo estás, querido? –preguntó con un tono engreído.

–Estoy absolutamente destrozado, querida Dag –respondí–. He pasado todo el día de compras. ¡Mis pobres piernas se van a convertir en muñones y se me parte la cabeza!

–Lo que tú necesitas es un masaje indio en la cabeza, querido Dig –dijo Emma–, y yo soy la persona indicada para dártelo –y antes de que pueda soltar mi mochila, Emma hunde sus dedos en mi pelo y lo empieza a alborotar todo.

–¡Basta! –dice la tía B apareciendo en el pasillo–. Ahora tenemos que hacer la comida, chicas. ¡Hale, hale!

De comer había un pollo salteado que la tía B había preparado ese mismo día en la carnicería. Le encantaba su nuevo trabajo, y nos contó con detalle cómo hacer salchichas y morcilla de sangre de cerdo seca. Emma me puso una cara rara cuando la tía B fue a la puerta para abrir a Sally, pero el pollo salteado, que yo me estaba encargando de remover, olía riquísimo.

Emmett estaba con Sally y los dos tuvieron que poner la mesa. La tía B separó un poco de pollo salteado para Conor. Fue la mejor comida que he tenido en siglos... ¡Y pensar que la mayor parte la había hecho yo! Puede que sea jefe de cocina cuando crezca..., una cocinera famosa.

Todos lavamos los platos juntos mientras Conor comía. Había traído con él una gran bolsa de equipo de fútbol.

–¿Qué hay en esa bolsa? –le preguntó la tía B.

–Todas las camisetas sucias del equipo de fútbol –le dijo él–. Me toca a mí lavarlas.

Luego nos sentamos a hacer los deberes, lo cual era una buena cosa, porque yo tenía un montón, y también líneas que escribir para la señorita Hardy, pero apenas había empezado cuando sonó el timbre de la puerta.

¡Era papá! No parecía muy contento... pero nunca parece contento estos días.

–Bueno, en pie los tres –ordenó–. Nos vamos.

–¿Qué? –dijo Sally–. Es demasiado temprano. ¡Nunca volvemos a casa a esta hora!

–Bueno, hoy sí lo haremos, Sally. Despídete de tus primos, da las gracias a tu tía B y sube al coche.

–¿Qué prisa hay, Paul? –preguntó la tía B a papá–. Horace puede llevar a los niños a casa más tarde.

–Gracias, pero no, Betty –le dijo papá–. Estos niños vuelven a casa ahora mismo. La maestra de Mimi me llamó para que fuera a hablar con ella, y después de verla hice también una visita a los profesores de Sally y de Conor y estoy horrorizado por lo que me han dicho... todos ellos –sonaba muy enfadado.

Conor puso la cabeza entre las manos y gruñó. Sally cerró los ojos con fuerza y apretó los labios, y yo me puse roja por debajo de la piel.

–De acuerdo, niños –dijo la tía B con un tono de voz sorprendentemente suave–, recoged vuestras cosas y nos veremos la próxima semana. Vamos, hale, hale –y me ayudó a guardar los libros en la mochila y me dio un apretón secreto en el hombro.

Realmente me hubiera gustado quedarme en casa de la tía B, pero papá estaba allí de pie con cara de pocos amigos, sacudiendo las llaves del coche.

Capítulo 19

El trayecto hasta casa fue silencioso. La situación no tenía muy buena pinta. Sally estaba de brazos cruzados y se limitaba a mirar fijamente por la ventanilla de su lado, con los labios apretados y los ojos negros. Conor parecía estar harto y levantaba los ojos hacia el cielo cada vez que papá murmuraba algo.

Nadie le preguntaba a papá qué habían dicho exactamente los profesores. Yo no quería saber lo que la señorita Hardy podía haber dicho de mí, pero evidentemente no era la única de la familia a la que le iba mal en el colegio.

En cuanto entramos por la puerta principal, papá nos ordenó que subiéramos a hacer los deberes y que los hiciéramos correctamente y que no volviéramos a aparecer hasta haberlos hecho y que le mostráramos nuestros deberes cuando los tuviéramos acabados para que él pudiera revisarlos... y que si él no estaba satisfecho iríamos directos arriba a hacerlos otra vez.

–Sí, señor –murmuró Sally, pero no creo que papá la oyera. Lo cual era una ventaja, ya que estaba de mal humor.

Yo cerré mi puerta, luego arrojé mi mochila a un rincón y me tiré en la cama con Socky en mi mano.

–Hola, Socky –susurré.

–Hola, Mimi –susurró Socky, abriendo la boca perfectamente con cada palabra. Puede que sea titiritera cuando me haga mayor (cuando no esté haciendo de famosa), pero aún tengo que dominar el arte del ventril... ventrilo-no-sé-cuántos. Es cuando hablas sin mover los labios. La voz te ha de salir de tu ombligo, creo. Es muy difícil, pero puedes hacer cualquier cosa si te lo propones, creo yo. Por lo menos eso es lo que dice mamá... Bueno, lo que decía.

Oí que Conor abría la puerta y bajaba las escaleras.

–¿Ha acabado ya? –dijo Socky, y juro que mis labios no se movieron.

–¿Ya has acabado? –oí que le decía papá con voz sorprendida.

–No –soltó Conor–. Vengo a poner todos estos jerséis en la lavadora. Es mi turno de lavarlos.

–Conor no sabe cómo arreglárselas con la lavadora –dijo Socky. Sonaba realmente convencido.

–Déjalo –dijo papá con rudeza–. Yo lo haré. No tienes ni idea de cómo poner una lavadora. Vete arriba –oí a Conor subiendo pesadamente las escaleras, y luego papá gritó–: ¡Sally! ¡Mimi! Si alguna de las dos tenéis algo para lavar dádmelo ahora. ¡Voy a poner una lavadora!

Yo tiré mi camiseta roja fluorescente y Sally tiró un montón de ropa negra.

–¡De nada! –dijo papá con sarcasmo mientras recogía la ropa del suelo.

–Gracias, papá –dije yo, pero Sally en cambio no hizo más que entrar en su habitación dando un portazo. Estaba de su humor habitual.

Yo volví a mi habitación y me senté a hacer los deberes. No quería hacerlos, pero decidí que sería mejor que los hiciera porque si no papá simplemente me mataría, así que lancé a Socky sobre la cama y abrí mi libro de matemáticas.

¿No es increíble? De deberes tenía fracciones. Las fracciones las inventó algún loco malvado que se divierte haciendo miserable la vida de los escolares.

–Si hay 25 caramelos en una bolsa y Anne se come $\frac{3}{5}$ partes de ellos, ¿cuántos caramelos quedan?

¿Y a quién le importa? ¿Por qué no se come todos los caramelos como una niña normal? Y así el problema habría sido fácil. Probablemente es una de esas niñas horribles que siempre se guardan algún caramelo para después, para poder chuparlo lentamente delante de ti cuando tú te has acabado todos los tuyos y te entran ganas de darle una paliza.

De todas formas, no tenía sentido preocuparse tanto por una niña glotona, así que me puse a ocuparme del problema. Tres quintas partes de veinticinco... ¿Cuánto podía ser eso? ¡Demasiado difícil para mí! Así que le envié un mensaje de texto a Orla.

Divide por el número de abajo y multiplica por el
número de arriba y lo que te sale se lo restas a 25.
Pan comido. Beso. Orla

No sonaba muy difícil. Así que tenía que dividir veinticinco entre cinco, que era el número de abajo de la fracción. Si hubiera tenido los caramelos habría sido más fácil... porque dividir es bastante complicado cuando llevas mucho tiempo sin hacerlo. Así que empecé a usar los dedos, pero eso no funcionaba bien porque no tengo veinticinco dedos.

Entonces papá nos llamó para cenar, lo cual fue un alivio porque estaba muerta de hambre... pero por otro lado me hizo perder la cuenta. A este paso nunca voy a lograr hacer mis deberes.

Capítulo 20

La cena fue un asunto triste y silencioso. Papá había hecho una especie de bazofia. Se suponía que era un estofado, y para poder comértelo tendrías que estar muerto de hambre. O tener mucho miedo de que tu padre te matase si no te lo comías. A mí me pasaban las dos cosas. Así que conseguí comérmelo. Conor, por supuesto, se lo tragó. Yo estoy realmente convencida de que no tiene papilas gustativas. Sally iba empujando el estofado en su plato y de pronto se comía lo que quedaba en el tenedor. Las fuerzas parecían haberla abandonado... o tal vez fuera que simplemente quería irse lo antes posible.

—¿Cómo van entonces los deberes? —preguntó papá a nadie en particular. Así que no respondió nadie en particular. Papá parecía estar disfrutando su cena..., ya estaba repitiendo. Ya se ve de dónde saca Conor su sentido del gusto—. ¿Conor? ¿Algún problema con tus deberes? —preguntó a la coronilla de Conor (cuando Conor come, su nariz prácticamente toca el plato).

—No —dijo Conor.

—De acuerdo. ¿Y cómo vas tú, Sally?

Sally gruñó algo que nadie captó y papá no volvió a preguntarle.

—¿Tú necesitas ayuda con tus deberes, Mimi? —papá se volvió hacia mí. Estaba tratando de ser útil, y Conor y especialmente Sally estaban siendo muy maleducados con él. Yo sentía lástima por papá, así que dije que necesitaba ayuda con las matemáticas... que de hecho era cierto.

Así que después de cenar, cuando los demás se fueron a sus habitaciones a acabar los deberes o lo que estuvieran haciendo, yo saqué mi libro de matemáticas y me senté con papá en la mesa de la cocina. Mamá solía ayudarme cada día con mis deberes, y aunque a veces acabábamos gritándonos, daría cualquier cosa por tenerla de nuevo conmigo durante un minuto, aunque fuera gritando.

Estaba pensando en eso mientras papá leía la pregunta.

—Tres quintos de veinticinco. Bien. Lo primero es lo primero. ¿Sabes lo que es un quinto? —me preguntó.

—No del todo —tuve que reconocer.

—Eso no es un problema —dijo papá—. Es fácil de explicar. Imagina una pizza.

—Preferiría no hacerlo —dije con una débil sonrisa. La pizza que me vino a la

cabeza era negra como un neumático viejo... y de pronto me acordé de Bengala-. Eh, papá..., ¿le hemos dado algo de comer a Bengala?

-No te preocupes por Bengala; luego le daré los restos del estofado. Ahora imagina que la pizza está cortada en cinco pedazos. ¿Tienes esa imagen?

En lo que yo estaba pensando era en el pobre Bengala teniendo que terminar nuestro estofado, pero no lo dije.

-Ahora imagina esto. Hay veinticinco aceitunas en la pizza. ¿Cuántas aceitunas hay en cada pedazo?

A estas alturas lamentaba seriamente haber pedido ayuda a papá.

-No me gustan las aceitunas -dije.

-Bueno, trocitos de piña, entonces. ¡En realidad no importa si son aceitunas o trocitos de piña o pedazos de hielo! -dijo papá, y su voz sonaba cada vez más alta. Me alegró que en ese preciso momento sonara el timbre.

Capítulo 21

Era la señora Lemon, de la tienda. Creo que nunca había estado en nuestra casa. Bueno, quizás cuando murió mamá. Vino mucha gente a «darnos el pésame», pero si no esta sería la primera visita de la señora Lemon.

–Hola, señora Lemon –dije, abriendo completamente la puerta.

–Hola, Mimi –dijo la señora Lemon, en voz baja–. ¿Puedo hablar con tu padre, por favor?

–¿En qué puedo ayudarla, señora...? –preguntó él.

–Señora Lemon. De la tienda –explicó ella–. ¿Podría tener una pequeña charla en privado con usted, señor Roche? –hizo un gesto con la cabeza, señalándome. Una de esas formas que los adultos tienen de decir «No delante de los niños, por favor».

Así que papá me dijo que me marchara a acabar los deberes mientras él acompañaba a la señora Lemon hasta el salón. Pero yo me quedé detrás de la puerta y apoyé la oreja silenciosamente contra ella. Podía oír casi cada palabra.

La señora Lemon sonaba muy incómoda. Al principio continuó disculpándose, y yo no sabía de qué iba el asunto. Estoy segura de que papá tampoco tenía ni la menor idea. Era peor que las pizzas y las olivas.

–Lamento muchísimo molestarlo con esto, señor Roche –comenzó–, porque sé que ya debe de haber tenido bastante desde que murió su esposa, y no debe de ser fácil con tres niños... y ellos lo deben de estar pasando muy mal..., así que supongo que no puede culpar a Sally por... –y ahí se fue apagando.

–Culpar a Sally ¿por qué? –dijo papá.

–Señor Roche, puedo asegurarle que nunca iría a la policía por esto, lamento muchísimo molestarlo con...

–¿La policía? –repitió papá, sonando un poco preocupado.

¡La policía!, pensé yo... ¿Qué habría hecho Sally?

–Verá, cuando conseguí instalar la cámara de vigilancia no había pensado en nada de esto. Ni siquiera sabía cómo hacerla funcionar bien, para serle honesta, pero las cosas seguían desapareciendo de las estanterías.

–¿Qué cosas? –preguntó papá.

Sí, qué cosas, quería saber yo.

–Bueno, artículos de papelería, sobre todo. Bolígrafos y rotuladores y carpetas y ese tipo de cosas.

–Sé lo que es el material de papelería –dijo papá de forma un poco ruda.

Un mal pensamiento crecía en mi mente. Tuve que taparme la boca con la mano.

–¿Está usted acusando a mi Sally de robar en las tiendas, señora Lemon? –dijo

papá en voz muy alta y muy enfadada—. ¡Porque si es eso lo que hace, está muy equivocada! ¡Le haré saber que mi hija Sally nunca, jamás, robaría nada de nadie!

Yo desearía poder estar tan segura de eso como parecía estarlo papá.

—Por supuesto que no, por supuesto que no —gimió la señora Lemon, que prácticamente estaba llorando—. Es solo que está grabada en el vídeo..., puede verla usted mismo. Lo siento muchísimo.

Se hizo un silencio. Pude oír a papá poniendo un DVD en el aparato y el zumbido que hacía. ¡Ay! ¿Por qué esta estúpida puerta no estará hecha de vidrio?

Luego oí que papá decía en un susurro, como con la voz quebrada:

—¡Oh, no! ¡Oh, no!

Así que supuse que Sally había sido pillada por la cámara.

—No pasa nada, señor Roche. De verdad —oía a la señora Lemon tratando de consolar a papá—. No debería haber venido. En realidad no es nada. Probablemente es solo porque echa de menos a su madre.

Entonces hubo una ráfaga de sonido repentino y la puerta se abrió de golpe. Yo casi caigo dentro de la habitación.

—¡SALLY! —gritó él—. ¡BAJA INMEDIATAMENTE!

Capítulo 22

Al principio, Sally lo negó todo. Gritaba y gimoteaba y decía que se trataba de un error e incluso acusó a la señora Lemon de habérselo inventado todo.

–Así que ahora además de una ladrona eres una mentirosa –dijo papá con voz dura.

–¿No confías en mí para nada? –le gritó ella a papá, que estaba de pie con los brazos cruzados y una expresión terrible.

Nadie parecía darse cuenta de mi presencia, así que me quedé sentada en silencio mirando. Hasta Conor había aparecido. Estaba de pie en el umbral de la puerta. No dijo nada, pero escuchaba con mucha atención.

Luego papá apretó el botón del play en el mando a distancia, y la imagen de Sally apareció en la pantalla. Miraba a su alrededor, comprobando que no hubiera nadie más por allí. No había nadie cerca de ella, y al fondo podía verse a la señora Lemon de espaldas. Entonces Sally cogió una caja de rotuladores y los metió en su mochila. Lo hizo muy rápido, como una auténtica ladrona. Era una imagen clara y no había confusión posible. Luego caminó hasta el mostrador y dijo:

–Hola, señora Lemon –como si se le derritiera mantequilla dentro de la boca. Y luego la cámara mostraba a la señora Lemon sonriendo a Sally y poniéndole en la mano unas chucherías gratis. Eso me hizo sentir mucha rabia por Sally, pero también sentía lástima por ella al mismo tiempo, porque ahora estaba allí sin decir nada, con las lágrimas corriéndole por las mejillas y retorciéndose las manos.

–Lo siento, Sally –dijo la señora Lemon suavemente. Estaba sentada en el medio del sofá mirando como un pequeño ratón.

–No es usted la que debe sentirlo, señora Lemon –dijo papá–. Sally, ¿qué pasa contigo? ¡Avergonzarte a ti misma y a esta familia! ¡Si tu madre viviera hoy...!

Pero no consiguió terminar. De repente, Sally miró a papá directamente a los ojos y le gritó:

–¡Pero no está viva! –luego salió corriendo de la habitación, subió las escaleras y se metió en su cuarto dando un portazo tan fuerte que la casa se sacudió, y luego debió de tirarse sobre la cama, porque la lámpara del techo se movió.

Todo el mundo se quedó callado entonces, excepto la señora Lemon, que gimoteaba y se sonaba con su pañuelo.

–No debería haber dicho nada. No debería haber venido.

Papá la ayudó a levantarse y la acompañó con delicadeza hasta la puerta.

–Señora Lemon, lamento muchísimo que esto haya ocurrido, y le aseguro que todos los artículos robados de su tienda le serán pagados –dijo con voz muy seria–.

Agradezco que no haya informado a la policía. Voy a tener una charla muy seria con Sally y recibirá la reprimenda que merece. Estoy muy avergonzado y apenado al saber que mi hija le ha causado este disgusto.

Papá no volvió al salón cuando se marchó la señora Lemon. Fue directo a las escaleras hasta la habitación de Sally.

–¿Crees que papá va a matarla? –pregunté a Conor.

–Bueno, se lo merece –dijo Conor–, pero creo que se ha encerrado en su habitación.

Sin duda, papá estaba gritando junto a la puerta de Sally, ordenándole que la abriera, pero ella no lo haría. Lo cual me pareció una buena idea en estas circunstancias.

Entonces mi teléfono empezó a vibrar. Era un mensaje de Orla:

¿Cómo sales de la bañera? ¡Poniendo sales de baño!

Ja, ja Orla X X

Se lo leí a Conor y los dos empezamos a soltar risitas, lo cual era un poco extraño si pensabas que toda nuestra familia estaba destrozada.

Los dos paramos bastante rápido cuando oímos que papá bajaba las escaleras. Todavía seguía gritando.

–Muy bien, haz lo que quieras, Sally, pero esto no va a acabarse así como así, lo sabes. Nunca antes ha habido un ladrón en esta familia y por Dios que no va a haber uno ahora. Quédate en la cama y compadécete de ti misma todo lo que quieras, ¡pero tú y yo tendremos una conversación mañana!

Capítulo 23

Jueves: 150 días y pico desde que murió mamá

No me vais a creer, he perdido la cuenta del número de días que han pasado desde que murió mamá. Tendré que revisar el diario de Sally, lo cual no será muy difícil ahora que se ha ido. Hoy es el primer día desde que Sally se ha ido. La última vez que la oí estaba sollozando en su cama. Creí que no pararía nunca. Intenté dejar de oírla tapándome las orejas con las manos, pero no funcionó. Las paredes de nuestra casa deben de ser muy delgadas, porque puedes oírlo todo..., lo cual normalmente no me importa, especialmente cuando hay gente hablando por teléfono y yo puedo escucharla. Pero anoche lo odiaba. Era como los días que vinieron justo después de la muerte de mamá, solo que entonces yo también lloraba y mi almohada solía ponerse toda húmeda y horrible. Apuesto a que la almohada de Sally habrá quedado empapada anoche. Y continuaba haciendo esos gemidos. Sentí ganas de ir a su habitación y darle un abrazo, pero sabía que papá me mataría si salía de la cama, y además ella tenía la puerta cerrada.

Al final me debo de haber quedado dormida, porque no la oí salir. Nadie la oyó. No nos enteramos hasta que llegó la hora de ir al colegio. Papá le rugió varias veces mientras Conor y yo esperábamos de pie en el vestíbulo, pero no hubo respuesta. Luego él gritó que ya había tenido bastante follón y que sería mejor que viniera inmediatamente o rompería la puerta... ¡Me habría gustado verlo! Papá cargando como un toro contra la puerta de Sally y derribándola como el increíble Hulk. Pero al final no tuvo que hacerlo porque la puerta ya no estaba cerrada, así que simplemente giró el pomo y entró... y allí no había nadie. Sally se había marchado.

Papá por un momento no hizo más que quedarse allí de pie muy enfadado, pero luego palideció. Abrió el armario y miró dentro, y luego se inclinó y miró debajo de la cama. Por supuesto, ella no estaba allí. Su cama estaba hecha (algo inusual) y Sally se había ido.

—¿Dónde está Sally? —papá se volvió hacia mí.

—Yo no lo sé —respondí tan rápido como pude, pero él no esperó.

Me apartó al pasar a mi lado y bajó corriendo las escaleras y salió al jardín de la entrada hasta ponerse en el medio de la carretera. Luego comenzó a mirar arriba y abajo frenéticamente.

—¡Conor! —gritó—. ¿Sabes dónde está?

—No —dijo Conor.

Luego papá caminó muy deprisa y volvió a entrar en casa.

–Tranquilos, chicos –nos dijo a Conor y a mí..., pero nosotros estábamos tranquilos, al menos en comparación con él. Luego se puso a hablar por teléfono con la tía B y no estaba tranquilo en absoluto.

–¡Betty, se ha ido! –le dijo, y su voz sonó temblorosa.

La tía B debe de haberle preguntado quién se había ido, porque él dijo:

–Sally, por supuesto.

Luego colgó el teléfono y dijo que la tía Betty estaba en camino y que no teníamos por qué perder los nervios, y que probablemente habría alguna explicación perfectamente razonable de por qué Sally no estaba en su habitación, y de que ninguno de nosotros hubiera oído nada anoche, y que cuáles eran los nombres de sus amigos y que probablemente era demasiado pronto para llamar a la policía. Y mientras papá iba diciendo todo esto sin detenerse ni siquiera a respirar, iba frotándose las manos como si tratara de limpiárselas.

Yo no pude evitarlo... Empecé a llorar, porque primero se marchó mamá y ahora se había marchado Sally, y aunque yo sabía que no era exactamente lo mismo, continuaba pensando: ¿y qué pasa si no vuelve nunca?

Conor había sacado su móvil y estaba tratando de llamarla. Probablemente era la primera vez que trataba de llamar a Sally. Incluso me sorprendió que tuviera su número. Sostuvo el teléfono junto a su oreja durante un rato, pero no hubo respuesta.

–Inténtalo otra vez –dijo papá.

Y eso hizo Conor, pero esta vez el teléfono ni siquiera sonó. Salió directamente el buzón de voz.

Papá le quitó el teléfono a Conor.

–Sally –gritó–, coge el teléfono inmediatamente. Nos tienes enfermos de preocupación. ¿Dónde estás?

Pero Sally no lo cogió. En lugar de eso su teléfono se apagó.

Papá se dejó caer en una silla. De repente parecía muy viejo y agotado. Conor le puso una mano en el hombro y yo puse mis brazos alrededor de su cuello.

–Todo irá bien, Mimi –dijo papá–. Sally aparecerá muy pronto, ya verás –pero su voz sonaba plana y derrotada, y yo simplemente sabía que él pensaba que se había ido para siempre, igual que mamá.

Entonces llegó la tía B en su coche, y debe de haber llamado a la tía M, porque ella venía en su coche justo detrás. La tía B salió de detrás del volante y se apresuró por el camino de la entrada, con la tía M trotando detrás de ella.

–Paul, pon la tetera al fuego –ordenó a papá–. Y vosotros dos id con Margarita. Ella os llevará al colegio. Y Mimi...

–¿Sí, tía B?

–Deja de lloriquear. Sally va a estar perfectamente bien.

Capítulo 24

De camino al colegio la tía M nos pidió que escribiéramos los nombres (y los números de teléfono y direcciones si los sabíamos) de los amigos de Sally. Claro que Conor no sabía ninguno de los nombres y yo solamente sabía muy pocos. Sally se junta con amigos nuevos desde que mamá murió y la verdad es que ellos no hablan mucho cuando me los encuentro. No hacen más que quedarse ahí de pie con pinta de aburrirse y masticando chicle, y a veces fumando.

–Van todos de negro –dijo Conor–. Son góticos, o algo así. ¿Cómo se llama esa que tiene un pendiente en la lengua, Mimi?

Yo a esa la conocía porque era la hermana de Sarah. Daba miedo, pero parecía más agradable que la matona de su hermana.

–Se llama Tara Sinclair. Conozco a su hermana. Vive en 56 Byside Close. Pero eso es lo único que sé –le dije a tía M, pero ella dijo que estaba bien. Tara sabría el nombre de las otras amigas.

–Deberíamos quedarnos en casa y ayudar a buscar a Sally –dijo Conor.

–Si hay noticias os lo haremos saber –respondió la tía M, en realidad sin contestarle a él–. No tiene sentido que todo el mundo haga una montaña de un grano de arena –dijo sonriendo, y apretó la rodilla de Conor.

Eso era típico de la tía M. Si estuvieras en un barco que se hunde, tipo *Titanic*, diría algo que te haría sonreír y te distraería del problema.

–Muchas cosas peores que Sally yéndose a pasear por unas horas han pasado en «Sureños», ¿verdad, Mimi?

Yo sabía que estaba tratando de animarme... y me hacía sentir mejor cuando decía cosas así.

Dejó primero a Conor. Yo llegaba tarde otra vez, así que la tía M entró en el colegio conmigo y habló junto a la puerta con la señorita Hardy durante unos diez minutos. Cuando entró, la señorita Hardy simplemente me sonrió y no dijo nada..., pero pude ver a Sarah mirándola con los ojos afinados y supe que tendría problemas en el recreo.

Sin embargo, a la hora del recreo la señorita Hardy me pidió que me quedara. Cuando todo el mundo había salido, me llamó para que fuera a su mesa.

Yo pensé que sabía para qué era.

–Intenté hacer mis deberes, señorita Hardy –solté de golpe–. Estaba en medio de un problema de matemáticas cuando la señora Lemon tocó el timbre...

–¡Chist! –dijo la señorita Hardy con voz amable–. No es de eso de lo que quería hablar contigo, Mimi.

–¡Oh! –dije yo, pero podía sentir ese estúpido bulto en la garganta y sabía que si decía cualquier cosa me pondría a llorar.

–Llora si tienes ganas –dijo la señorita Hardy, con una voz tan suave que lo siguiente que hice fue abrazarla y llorar y llorar, y ella me mecía suavemente adelante y atrás y susurraba–: ¡Chist! Ya está, ya está.

Al final dejé de llorar. Mi cara estaba toda mojada y llena de mocos. La señorita Hardy me dio un pañuelo de papel y yo me soné la nariz como una sirena.

–Mimi –dijo la señorita Hardy con su tono de voz normal–, no te preocupes por tus deberes hasta que aparezca tu hermana. Ya verás, probablemente ahora mismo ya esté en casa tomando el té –acabó con una sonrisa–. Ahora corre, antes de que te pierdas todo el recreo –y me echó de la habitación.

Capítulo 25

La señorita Hardy se equivocaba. Sally no estaba en casa cuando volví del colegio. El abuelo y la abuela estaban sentados en la cocina tomando el té.

–Pero, bueno, si es la jovencita Mimi en persona –declaró el abuelo al verme entrar, pero yo podía notar en su voz que solo estaba tratando de sonar animado.

–Ahora, Mimi –dijo la abuela con su voz de mandona–, ¡quiero que te sientes y te bebas esta estupenda sopa caliente que te he preparado!

Así que bebí mi sopa. La abuela y el abuelo se quedaron sentados mirándome. No es fácil tomarte la sopa cuando te están vigilando. Cuando sorbía parecía muy ruidoso, y la sopa se me resbalaba por la barbilla. La abuela me dio una servilleta de papel. Yo hubiera deseado que se comportaran con normalidad y me riñeran. Parecía que el silencio se estiraba más y más como una goma elástica hasta que estuve segura de que iba a partirse. Incluso pude oír una puerta que se cerraba en el piso de al lado. Era extraño.

–¿Qué tal el colegio? –preguntó al final el abuelo.

–Bien –respondí, y luego hubo de nuevo silencio.

Así que realmente me alegré cuando mi teléfono vibró. La abuela y el abuelo dieron un salto.

–¿Es Sally? –dijo la abuela antes de que pudiera sacar el teléfono del bolsillo.

Pero no era. Era Orla. «Oí d Sal. Voy n 1 hor.»

–Léelo –dijo la abuela.

–Solo si quieres –añadió el abuelo.

La verdad es que a mí no me molestaba.

–Es de Orla. Ha oído lo de Sally y vendrá dentro de una hora. No sé por qué.

–¡Oh!, eso es todo –dijo la abuela, sonando decepcionada.

–Es amable por su parte –dijo el abuelo–. Sabes quiénes son tus amigos cuando tienes problemas –me apretó el hombro.

Entonces la llave giró en la cerradura de la puerta principal y todos dimos un salto. Eran papá y la tía B y la tía M. No parecían muy animados.

Papá se dejó caer en una silla.

–Hola, Mimi –dijo, y estiró la mano hacia mí. Yo fui hacia él y me rodeó con un brazo y me dio un pequeño apretón, y no puedo explicar por qué pero eso me hizo sentir de nuevo ganas de llorar. Pero esta vez no lo hice. Tía M estaba hablando.

–Así que hablé con Tara Sinclair, la amiga de Sally, y ella me dio el nombre de otras amigas, y he hablado con ellas también y Sally no se ha puesto en contacto con ninguna. No tienen ni idea de dónde puede estar, pero les he dado mi número

y si oyen alguna cosa se pondrán en contacto inmediatamente. Parece que ha apagado el teléfono, o tal vez se le ha acabado la batería. ¿Es hora de que llamemos a la policía?

Sentí que papá se ponía tenso cuando ella dijo eso.

–Creo que deberíamos, Paul –dijo la tía B.

Recuerdo cuando un policía vino a casa después de que mamá fuera atropellada. Llevaba la gorra en la mano y parecía realmente incómodo. Yo no sabía por qué estaba allí. Pensé que a lo mejor Conor había hecho algo malo, pero papá no hizo más que ponerse blanco y se echó hacia atrás para que el policía pudiera entrar. Entonces él dijo que tenía muy malas noticias sobre Rosa, y papá simplemente se dejó caer en un sillón y se tapó la cara con las manos diciendo «No, no». Entonces el policía puso la mano en el hombro de papá y dijo que había habido un accidente... y ese fue el peor día de mi vida.

–No quiero que llames a la policía –gimoteé.

–Creo que tenemos que hacerlo –dijo papá.

–¡Espera! –grité. Y me liberé de su brazo, salí corriendo de la habitación y subí las escaleras hasta la habitación de Sally.

De repente sabía lo que tenía que hacer. ¡Conocía a mi hermana y sabía lo que ella haría! Así que levanté el colchón y sin ningún tipo de cuidado saqué su diario, y luego me senté en el suelo y pasé las páginas hasta la última escrita, y yo tenía razón.

Capítulo 26

Jueves: 159 días

Querida Mimi, ¡Simplemente sabía que eras la espía! Y tenía razón, ¿verdad?

–¿Cómo lo sabía? –pregunté al diario en voz alta. Pero por supuesto no obtuve respuesta.

Así que ahora ya conoces mi terrible secreto y supongo que tú también me odias.

–¡No, no te odio! –le dije al diario.

Soy una ladrona. Robo cosas de la agradable señora Lemon. Ni siquiera sé por qué lo hago. Desde que mamá murió, a veces me siento muy mal, y entonces a veces robo algo y eso me hace sentirme mejor durante un rato, pero luego me siento peor que nunca y estoy segura de que acabaré en la cárcel y me estará bien merecido. Pero al menos no leo los diarios de otras personas, Mimi. ¡Aaaah!

–Eso no es tan malo como robar –dije enfadada, porque yo me había sentido mal por eso pero no pensaba reconocerlo delante de Sally. Tampoco es que pudiera oírme.

¡Solo estoy bromeando contigo, Mimi! Eres mi hermana favorita en el mundo entero.

–Soy su única hermana en el mundo entero –le dije al diario, pero continué leyendo.

Y te quiero e incluso quiero a Conor aunque no pueda soportarlo la mayor parte del tiempo, y quiero a papá y aunque sepa que ahora todo el mundo me odia quiero que les digas que estoy bien y que estoy sana y salva y que no me he ido para siempre. Solo hasta que ponga un poco de orden en mi cabeza... y no es necesario llamar a la policía ni ponerse histéricos, y siento haber preocupado a todo el mundo porque sé que me quieren y jamás volveré a robar. Diles todo eso, Mimi... ¡y deja de leer mi diario!

La página estaba toda húmeda y manchada. Sally debía de haber estado lloriqueando cuando la escribió.

Capítulo 27

Todo el mundo se volvió a mirarme cuando entré en la cocina. Estaban todos de pie o sentados igual que cuando había salido. Era como si se hubieran quedado congelados en el tiempo y ahora se pusieran de nuevo en marcha. La tía M me preguntó:

–¿Ya estás bien?

–Sally está bien –solté–. Dice que no llamemos a la policía.

Todos me miraron sorprendidos durante un momento y luego empezaron a hacer preguntas.

–¿Has hablado con ella? –preguntó papá precipitadamente.

–¿Dónde está? –dijo la abuela.

–¿Cómo sabes eso? –quiso saber la tía B.

–¡Dejad hablar a la niña! –les dijo el abuelo a todos.

Yo respiré profundamente. En realidad no quería explicar cómo lo sabía, así que dije:

–Me escribió una nota y dice que está bien y que no llamemos a la policía.

Creí que eso detendría las preguntas..., ¡pero solo empeoró las cosas!

–¿Qué nota?

–¿Dónde la encontraste?

–¿Qué decía la nota exactamente?

–¿Dice que va a volver?

El abuelo tuvo que salir de nuevo en mi rescate.

–Parad todos –dijo. Era curioso oír al abuelo dando órdenes, para variar–. Mimi nos dirá todo lo que sabe si le dais la oportunidad.

Y eso los hizo callar. Entonces papá me preguntó suavemente:

–¿Puedes mostrarnos la nota, Mimi?

Eso era precisamente lo que realmente no quería hacer.

–No –dije.

–¡Oh, por el amor de Dios! –soltó la abuela–. ¡Su hermana se ha escapado de casa, estamos todos enfermos de preocupación y ella no quiere mostrarnos la maldita nota!

La abuela sonaba muy enfadada. Hablaba de mí como si yo no estuviera allí y eso no me gustaba nada. Sentí un nudo en la garganta.

Entonces papá me atrajo hacia él y me sentó en sus rodillas.

–¡Chitón! –le dijo a la abuela.

Yo pude ver que a la abuela eso no le gustó. Apretó los labios y parecía a punto

de explotar. Entonces él me dijo:

–Ahora, cariño, ¿por qué no nos muestras la nota? ¿Sally te ha pedido que no lo hagas?

–Lo he leído en su diario –dije en voz baja, y tuve que mirarme los zapatos. Ahora era mi turno de sentirme avergonzada.

La tía M se agachó a mi lado y me cogió la mano. Yo no podía mirarla, pero había una sonrisa en su voz cuando hablaba.

–Bueno, es gracioso que Sally escriba un diario, porque la única persona que conozco que también lo hacía era tu madre, Rosa. Y eso lo sé, Mimi, ¡porque yo solía leerlo en secreto!

Casi no podía creerlo. La tía M leía el diario de mi madre. Como yo con Sally.

–Algún día te contaré lo que solía escribir –continuó la tía M.

–Mira, siento ser impaciente contigo –la interrumpió la abuela–, pero yo pienso que en estas circunstancias puedes mostrarnos el diario.

–No –dijo papá, y la abuela alzó los ojos al cielo–, no creo que a Sally le gustara que Mimi hiciera eso.

–¡Habrás que tener un poco de sentido común, por el amor de Dios! –ahora la abuela estaba gritando–. Ya he perdido a una hija..., ¡no quiero perder a una nieta!

Y lo siguiente que ocurrió es que la abuela se puso a llorar en la cocina y el abuelo la abrazó y le susurraba cosas y chasqueaba la lengua.

–Sally va a estar bien, ya lo verás. Pronto estará en casa –le dio un pañuelo de papel. Papá me dijo–: Mimi, ¿puedes escribir el trozo donde Sally dice que está bien? Eso no será entrometernos.

–Por favor, hazlo, Mimi –sollozó la abuela con una voz muy triste. Yo no dije nada. No hice más que escurrirme de las rodillas de papá y salir de la cocina para subir las escaleras hasta el cuarto de Sally y ponerme a escribir el trozo de diario que querían ver.

Capítulo 28

Cuando bajé, Conor estaba allí y también estaban Emmett y Emma. Debían de haber llegado cuando yo estaba arriba. La abuela servía tazones de sopa para todos. La tía B la ayudaba. La cocina estaba realmente repleta. Yo le entregué la nota a papá. Él la leyó en silencio, luego se la pasó a la tía B y ella la leyó en voz alta. Cuando llegó al «no es necesario que llamen a la policía» sonó el timbre. Al principio yo creí que sería la policía, y el abuelo dijo:

–Apuesto a que es tu amiga Orla.

Tenía razón, y a mí me alegró subir a mi habitación con ella y también con Emma mientras los adultos hablaban sobre la nota.

Orla y Emma no se conocían, pero nadie lo hubiera dicho.

–¿Eres Dig? –preguntó Orla.

–No, soy Dag –respondió Emma–. Esta tontina es Dig –y me empujó hacia la cama y lo siguiente que pasó, no sé cómo, fue que las dos, Emma y Orla, estaban encima de mí haciéndome unas cosquillas de muerte, y Emma le decía a Orla que tuviera cuidado... «¡Porque Mimi se tira unos pedos ruidosos gigantesco si se marea demasiado!».

Y por supuesto que me mareé demasiado y solté un pedo ruidoso gigantesco y Emma y Orla se cayeron al suelo, apretándose la nariz y riéndose.

No me parecía del todo bien tanta diversión con Sally desaparecida, pero es difícil mantenerse serio con una amiga como Orla y una prima como Emma.

Pero entonces de repente Orla se puso serio.

–Tengo un plan para encontrar a Sally –dijo.

–¿En serio? –preguntó Emma. Ahora ella también había dejado de reír.

–En serio –dijo Orla, y nos sentamos todas en la cama y ella se explicó–. Usaremos a Bengala para seguir su rastro. Los perros tienen un gran sentido del olfato. La policía a menudo los usa para seguir el rastro de criminales.

–Sally no es una criminal –dije yo, pero entonces recordé que había robado y me di cuenta de que probablemente sí lo era.

–También usan los perros para seguir el rastro de gente desaparecida –continuó Orla.

–Eso es cierto –dijo Emma–. El perro capta el olor de alguna pieza de ropa de la persona desaparecida. Yo lo he visto en la tele.

¡Entonces recordé que yo también lo había visto! En «Sureños», cuando la mujer mayor con alzheimer o algo así... el caso es que ella había perdido la memoria y

estaba perdida... y ellos le siguen el rastro con perros policía. Los perros huelen su chaqueta de punto o algo así.

–Cogeré una de las camisetas de Sally para que Bengala la huela –dije dando un salto.

–Coge una que no esté lavada –gritó Orla–. Así olerá más fuerte.

Emma miró a Orla.

–¡Eres inteligente! –le dijo, y Orla sonrió.

–Vamos a sacar a Bengala a dar un paseo –dije a los adultos.

–¿Sacar la perra de paseo? –preguntó papá con perplejidad.

–¡Buena idea! –dijo la tía B–. Bueno para la perra y bueno para vosotras, niñas. No tiene sentido que todo el mundo ande abatido por la casa todo el día. Así que fuera. ¡Hale, hale!

Si papá estaba sorprendido ante la idea de sacar a Bengala a dar un paseo, eso no era nada comparado con la sorpresa que se llevó Bengala. Vino disparada en cuanto grité «paseo» y entró volando en la cocina, sacudiendo la cola con tanta fuerza que le temblaba todo el cuerpo. Se dio golpes contra todo el mundo y saltó sobre tía M poniendo las patas sucias en sus vaqueros blancos, y a la tía M no le gustó nada pero todo el mundo sonrió a pesar de estar tan triste.

Capítulo 29

Una vez en la puerta principal, Bengala salió corriendo hacia la verja de entrada. Yo la sujetaba con su correa, pero ella en realidad me arrastraba.

–Hace mucho que no sale de paseo, ¿verdad? –dijo Orla, mientras yo trataba de poner la camiseta de Sally en la nariz de Bengala..., pero Bengala ni siquiera parecía notarlo.

–¡SIÉNTATE, BENGALA! –grité, pero por supuesto eso no cambió nada.

–Agárrala por el collar –gritó Emma, y las dos la sujetamos del collar mientras Orla levantaba la camiseta de Sally. Esta vez, al menos Bengala notó la camiseta. Pensó que era un juego estupendo. La agarró con los dientes, y cuando Orla trató de quitársela se desgarró una manga.

–¡Oh, estupendo! –murmuró–. ¡Ahora Sally va a matarme!

–No te preocupes por eso –dijo Emma–. No se lo diremos. Simplemente tiraremos la camiseta a la basura cuando hayamos acabado.

Entonces Orla gritó:

–¡Lo tiene! ¡Bengala ya tiene el olor!

Bengala estaba ahora toqueteando y olisqueando la camiseta despedazada como si fuera lo más interesante en el mundo entero. ¿Estaría oliendo a Sally? Entonces, de repente, Bengala se dirigió a través de la verja, arrastrándonos tras ella. Giró a la derecha y mantuvo la nariz cerca de la pared trotando junto a ella como si supiera exactamente adónde ir.

–Sigue, Bengala, llévanos directamente hasta Sally –gritó Orla, muy entusiasmada.

El aroma nos condujo hasta la primera farola, donde Bengala se detuvo a hacer caca. Yo sabía que debería recogerla, pero no había traído ninguna bolsa, así que no lo hice.

–¡Puaj! –dijo Orla–. ¡Deberían ponerles un corcho en el culo a los perros!

Luego Bengala encontró el rastro otra vez y siguió, olisqueando la pared y llevándonos a rastras.

Bueno, no fue un trayecto muy fácil el que tuvimos que hacer con Bengala, entrando y saliendo de los jardines delanteros de las casas y alrededor de los coches aparcados y parándonos en cada árbol para hacer pis.

–Tu perra tiene una fuga de agua –dijo Orla, haciéndonos reír a todas.

A decir verdad yo no creía que Bengala nos estuviera conduciendo hacia Sally. Es una buena perra, pero le falta un poco de cerebro. Tampoco creo que Orla y Emma pensarán que Bengala fuera una estupenda perra sabuesa, pero al menos sentíamos

que estábamos haciendo algo, y de alguna manera eso me distraía de la desaparición de Sally. Más bien parecía que la perra jugaba al escondite con nosotras... Pero, aun así, yo tenía una especie de bulto negro en la boca del estómago, igual que el que sentí el día que pensé que mamá se había ido para siempre.

Al final, Bengala nos condujo hasta un cobertizo destrozado cerca del ferrocarril. En un rincón del cobertizo había una gran bolsa arrugada de plástico negro, y aunque la luz era débil todas pudimos ver que algo se movía debajo.

–¡Sally! –susurró Emma, levantando una esquina del plástico. Bengala se abalanzó sobre el hueco que se había formado, haciendo que la correa se me cayera de las manos, y un gato aterrorizado salió chillando por el otro lado, con el lomo erizado y la cola levantada.

Orla y yo gritamos cuando pasó a nuestro lado como si llevara el rabo ardiendo. Bengala, completamente cubierta de plástico, corrió tras él, y Emma casi se parte de risa.

–Bengala no es una perra sabuesa –dijo Orla cuando se recuperó del susto.

–Valía la pena intentarlo –dijo Emma, y nos dirigimos hacia casa.

El trayecto de vuelta fue más lento, porque Bengala no estaba en forma. Esta vez éramos nosotras quienes la arrastrábamos, a diferencia de lo que había pasado antes.

Junto a nuestra casa había un coche de policía. Yo me paré en seco. Tenía las rodillas débiles y temblorosas. Emma lo notó, porque dijo:

–¿Estás bien, Mimi? Te has puesto pálida.

–La policía está en mi casa –dije prácticamente en un susurro. Dentro de mi cabeza, una voz decía que Sally estaba muerta, igual que mamá.

–Probablemente han encontrado a Sally –dijo Orla.

Capítulo 30

El policía de nuestra casa no había encontrado a Sally, pero todavía llevaba puesta su gorra, lo cual quería decir que al menos Sally no estaba muerta. Estaba sentado ante la mesa de la cocina tomando notas mientras papá describía a Sally. Todo el mundo seguía allí, y también había llegado el tío Horace, así que la cocina todavía estaba más llena. Emma y Orla se quedaron en el recibidor. Papá levantó la vista cuando yo entré.

–Sally dijo que no llamáramos a la policía –le dije con voz enfadada.

–Horace ya los había llamado –explicó rápidamente papá–. Ya venían en camino cuando tú estabas leyendo el diario de Sally.

Entonces el policía se volvió hacia mí. Tenía un rostro amable.

–Tú debes de ser Mimi –dijo–. Tu tío Horace hizo lo correcto, Mimi. Solo estamos aquí para ayudar.

Entonces la abuela dio una palmada con las manos y dijo:

–Y ahora, Mimi, ¿por qué no vienes a casa y te quedas a pasar la noche con el abuelo y conmigo? Emma y tu amiga Orla, si quieren, pueden venir a tomar el té, y el abuelo las puede llevar a su casa más tarde. Conor dice que quiere quedarse aquí con papá para ayudarlo a buscar a Sally, pero tú estarás mejor pasando la noche en casa, ¿no crees?

Yo miré a papá, pero él no hizo más que sonreír y dijo que era una idea estupenda. Yo estaba encantada. La verdad es que no quería quedarme en nuestra casa si Sally no estaba.

En cuanto llegamos a casa de los abuelos, la abuela nos hizo sentar para tomar pasteles y limonada.

–Nuestra abuela hace pasteles estupendos, Orla –dijo Emma, mientras esperábamos que la abuela tuviera el té listo.

–Mimi –dijo el abuelo muy serio–, tengo malas noticias –yo debo de haber puesto una cara de mucho susto, porque enseguida dijo muy rápido–: No, no, no, no es ese tipo de malas noticias... es sobre el ajedrez.

–¿Sobre el ajedrez? –dije lentamente. No podía imaginarme malas noticias sobre el ajedrez, a menos que fuese a decir que yo tenía que ponerme a jugar ahora.

–Bueno, ¿conoces el ordenador de tu tío Horace? –comenzó el abuelo.

–Oh, sí, siempre está jugando con eso –lo interrumpió Emma.

–Sí, y mi padre con el suyo también –añadió Orla.

–Bueno, el caso es que le pedí a Horace que buscara los orígenes del ajedrez en gúgel.

–Creo que te refieres a Google –dijo Orla.

–Gúgel, gúgle..., ¿qué diferencia hay? –se preguntó el abuelo moviendo la cabeza.

–¡Hay una gran diferencia! –dijo Emma.

–Es solo un viejo tonto –se rio la abuela, trayendo una bandeja llena de cosas ricas para comer.

–¿Puedo terminar de contar mi historia, por favor? –preguntó el abuelo, fingiendo enfado–. Resulta, Mimi, que según el ordenador de Horace, el ajedrez probablemente se inventó en la India... y no en China. ¿No son malas noticias?

–¡Es terrible, abuelo! –dijo, fingiendo estar horrorizada. Emma y Orla tuvieron un ataque de risitas.

–Por supuesto que te puedo enseñar a jugar si quieres..., pero no es realmente un juego chino. ¿Se te ha roto el corazón, Mimi?

–Si el ajedrez no es chino, no lo quiero aprender –dijo tan triste como pudo, mientras Emma se sujetaba los costados y se caía de la silla.

–¡Así que tendremos que ver esa cosa tan aburrida de «Sureños» para sustituir el ajedrez! –acabó el abuelo, sacudiendo la cabeza con tristeza.

La abuela había puesto la mesa y estaba sirviendo limonada.

–¡Listo! Y tú levanta del suelo, tontuela –le dijo a Emma–. ¡A comer!

–Muchas gracias –dijo Orla educadamente. Yo tenía la boca llena.

–De nada, jovencita –sonrió la abuela–. Y siento que no haya tantos pepitos como pensaba. No sé qué les ha pasado. He mirado en todas partes.

Mientras la abuela decía esto, el abuelo ponía caras a sus espaldas. Inflaba sus mejillas y se rascaba la barriga, y señalaba a la abuela y decía con los labios: «Ella se los ha comido». Emma estaba bebiendo limonada y le salió todo un chorro por la nariz cuando vio lo que hacía el abuelo. Orla no pudo contener un ataque de risa cuando Emma hizo eso. Los ataques de risa normalmente son muy contagiosos; pero aunque yo estaba sonriendo, hoy los ataques de risa al parecer no se me contagiaban.

–¿Qué estás haciendo a mis espaldas, viejito? –preguntó la abuela antes de llevarse un pepito a la boca, lo cual no hizo más que agravar el ataque de Emma.

–Nada, amor –sonrió el abuelo, guiñándome un ojo.

Capítulo 31

Era bastante tarde cuando el tío Horace vino a recoger a Emma y a Orla. Dijo que todavía no había noticias de Sally, pero la policía había emprendido una búsqueda y todos tenían una copia de su foto, y seguro que aparecería pronto. Luego me apretó la mano y casi me rompe los dedos y me dijo que me fuera a dormir y que todo tendría mejor pinta por la mañana.

Yo estaba muy cansada y me quedé dormida en el minuto en que la abuela salió de la habitación, después de darme un beso especial de buenas noches. El abuelo ya se había frotado la nariz conmigo en el piso de abajo, como hacen los esquimales, y me dijo:

–Buenas noches, duermes bien y no dejes que te piquen las pulgas.

La abuela me dijo que la despertara si me sentía preocupada durante la noche y me prometió que «bien está lo que bien acaba» y que Sally definitivamente volvería pronto y que por eso no tenía por qué preocuparme.

Yo estaba demasiado cansada como para preocuparme más. Simplemente me quedé dormida.

Tuve un mal sueño sobre Sally. En el sueño ella estaba encerrada en la parte de afuera de nuestra casa y no podía entrar. Todas las puertas estaban cerradas y ella golpeaba y golpeaba la ventana, y nadie podía oírla excepto yo, y yo trataba de decírselo a papá. Él no me creía y no hacía más que seguir mirando la tele. Los golpes se hacían cada vez más fuertes, y Sally apretaba su cara, toda aplastada, contra la ventana, y gritaba, pero solo yo podía verla y oírla.

–Ahí no hay nadie –decía papá mirando directamente la ventana donde ella estaba. Entonces empezaba a correr las cortinas, y yo trataba de detenerlo y de repente Sarah estaba en mi sueño, poniendo su voz burlona.

–Ahí no hay nadie, chinita tontita, estás sola –y los golpes se hacían cada vez más fuertes... y eso me despertó.

Me incorporé en la cama, respirando muy rápido, con el corazón acelerado. Ha sido solo un sueño, Mimi, me dije a mí misma. Desearía haberme acordado de traer a Socky conmigo.

Entonces oí de nuevo los golpes. Ahora estaba despierta y sonaban otra vez. Un golpe en mi ventana... y luego otro más fuerte. Me subí la manta por encima de la cabeza pero el ruido no se iba. *Toc, toc, toc*, en mi ventana.

Me bajé de la cama, me puse las zapatillas y fui de puntillas hasta la ventana. *Toc* de nuevo. Me daba miedo abrir las cortinas. Pensé en ir a buscar a los abuelos, pero

eran viejos y les podía dar un ataque al corazón. *Toc* de nuevo. No había forma de evitarlo. Tenía que descorrer esas cortinas.

Podría ser un duende. Me habían contado una vez que los duendes te roban el alma y te machacan el cerebro... Bueno, al menos eso es lo que decía Conor. Era un día soleado cuando me contó eso y yo no me había creído ni una palabra, pero ahora era noche oscura y ahí estaba...: un golpe en la ventana y solo yo sabía que había un duende fuera. Tal vez más de uno.

Agarré las cortinas con los puños cerrados y conté hasta tres, luego las abrí de golpe y salté hacia atrás..., lo cual fue una buena cosa, ya que una piedra atravesó la ventana, destrozando el cristal, que cayó sobre la alfombra.

–¡Oh, Dios, ahora sí que la he liado! –dijo una voz en el jardín. ¡La voz de Sally!

Corrí hacia la ventana rota y miré a través de ella. Una gran luna llena iluminaba con un brillo plateado todo el jardín, y pude ver a Sally mirándome.

–Sal –comencé a decir.

Ella se llevó el dedo a los labios y susurró:

–¡Chist! ¡No despiertes a la abuela!

–¿Qué estás haciendo en el jardín? –susurré tan fuerte como me atreví. Si la ventana rota no había despertado a los abuelos, nada lo haría.

–¡Tratando de despertarte! –me susurró Sally en respuesta–. ¡Llevo siglos lanzando guijarros a tu ventana! ¡Estás completamente sorda!

–¡Eso no era un guijarro!... ¡Era una roca!

–Sí, bueno, lo que sea. Al menos por fin te has despertado. Ahora baja a escondidas las escaleras y abre la puerta de atrás –siseó Sally–. ¡Me estoy helando aquí fuera!

Capítulo 32

Mis abuelos podrían dormir aunque hubiera un terremoto. Con cada paso los escalones crujían mientras me escabullía escaleras abajo, pero ellos no se agitaron. La puerta trasera tenía cuatro cerraduras y cada una de ellas chirrió.

–¡Date prisa, Mimi! –susurró Sally en voz alta, subiendo y bajando el escalón de la entrada.

Cuando abrí la puerta, ella saltó hacia dentro y me dio un fuerte abrazo y yo le devolví un fuerte abrazo también, y parecía que hubiese estado fuera años y no solo una noche y media.

Luego fue directamente a la nevera.

–Solo he comido unos pocos pepitos desde que me fui –encontró un muslo de pollo cocinado y comenzó a masticar como un hombre muerto de hambre.

–¿Dónde estabas? –le pregunté–. Todo el mundo te ha estado buscando. Incluso Bengala.

–¿Bengala? –Sally había acabado el muslo de pollo y examinaba la nevera en busca de algo más.

–Bueno, más o menos. Encontró un gato –decidí no mencionar la camiseta negra. No quería que se pusiera como una loca–. La cuestión es: ¿dónde has estado escondida?

–¡En el granero del abuelo! –dijo Sally, como si fuera obvio. Había sacado la leche de la nevera y estaba bebiendo directamente del cartón.

–¿Es eso cierto, jovencita? –dijo la voz del abuelo... y la luz de la cocina se encendió.

Yo di un salto y Sally dejó caer el envase. La leche se derramó sobre el suelo de la cocina. Tal vez mis abuelos no dormirían a pesar de un terremoto. Al menos no el abuelo. Estaba de pie ante el umbral de la puerta, en pijama y con su pelo blanco de punta. Parecía muy viejo. Sally había agarrado un trapo y estaba tratando de limpiar la leche derramada. A él no lo miraba.

–Déjalo, Sally –dijo él con voz amable–, y ven aquí a darle un abrazo a tu abuelo. ¿Tienes idea de lo preocupados que estábamos por ti?

Sally se levantó y me dio a mí el trapo empapado, y el abuelo la envolvió en sus brazos como a una muñeca, y Sally lloriqueó sobre su hombro como si tuviera el corazón roto.

Él le acarició el pelo y dijo:

–Ya está, ya está, a partir de ahora todo irá bien –una y otra vez, y luego levantó

la vista y me sonrió... y por supuesto, yo también empecé a llorar—. Ven aquí —dijo el abuelo, abriendo un brazo para mí—, en estos brazos hay sitio para las dos.

—Un abrazo de grupo —lloriqueó Sally, mientras los tres nos abrazábamos y nos mecíamos en la cocina.

Yo ni siquiera noté que entró la abuela, hasta que ella dijo:

—¿Puedo unirme? —y eso nos hizo reír a todos.

Sally se asustó cuando la abuela dijo que incluso la policía la estaba buscando.

—¿Van a arrestarme? —preguntó.

—No seas papanatas —dijo el abuelo—. Te estaban buscando como a cualquier otra persona desaparecida. ¡Nadie va a ser arrestado!

Sally me miró con ojos interrogantes.

—Yo les dije lo que escribiste en tu diario sobre la policía —solté de un tirón—, pero el tío Horace ya los había llamado. ¡No fue culpa mía!

—Sabía que eras tú... ¡Espía! —dijo Sally, pero sonrió al decirlo.

Al mismo tiempo, yo podía sentir que me estaba poniendo roja por debajo de la piel.

—Ahora será mejor que llamemos a vuestro padre —dijo el abuelo—. El pobre está preocupadísimo.

—Son las cuatro de la mañana —dijo Sally—. Dejemos que duerma. Lo llamaremos cuando se levante.

—Dudo mucho que esté dormido —respondió el abuelo—. Lo voy a llamar ahora.

El abuelo tenía razón. Tuvo que llamar a papá al móvil porque estaba conduciendo por las calles con Conor, buscando a Sally. Creo que Sally se quedó horrorizada cuando oyó eso. Papá llegó a la casa en menos de diez minutos, y cuando la abuela abrió la puerta él pasó como una ráfaga, agarró a Sally en sus brazos y la apretó con fuerza. Parecía un hombre salvaje, tenía ojeras y su pelo era un desastre y Sally sollozaba otra vez.

Conor se quedó allí mirándose los pies. A él no le gustan los abrazos y todo ese tipo de cosas. Creo que no sabía adónde mirar.

—Hola —le dijo a Sally cuando papá la soltó, pero parecía enfadado.

—Hola, hermano —dijo Sally, y le dio también un abrazo rápido. Era gracioso con los brazos de Conor rectos en los costados y su cara roja.

La abuela preparó una tetera grande y todos nos sentamos alrededor de la mesa de la cocina.

—No creo que por aquí se duerma mucho esta noche —dijo sonriendo mientras servía el té.

Entonces Conor soltó bruscamente con voz muy enfadada:

—¿Cómo pudiste robar a la señora Lemon?

Sally levantó la vista y su cara se arrugó y las lágrimas empezaron a correrle por las mejillas. La abuela dejó de servir el té en medio del aire y papá rodeó a Sally con un brazo y dirigió una mirada a Conor.

–Ahora no es el momento, Conor –le dijo.

Pero Sally lo miró directamente y le dijo en voz baja lo que a ella misma le resultaba duro oír:

–Porque soy una mala persona, Conor.

Conor entonces no dijo nada. Por unos segundos nadie dijo nada. Entonces la abuela dijo:

–Eso es una tontería.

Y papá dijo

–No seas tonta.

Y el abuelo dijo:

–¿Por qué piensas eso, Sally?

La abuela no estaba contenta. Dejó la tetera dando un golpe y miró al abuelo frunciendo el ceño.

Pero Sally estaba mirando directamente al abuelo y todo el mundo esperaba, congelados como en una foto, y la habitación estaba tan silenciosa que el zumbido de la nevera parecía alto. Entonces Sally sorbió con fuerza por la nariz y susurró con una voz ronca:

–Yo fui la última persona en ver a mami antes de que muriera.

–Lo sabemos, cariño –dijo papá con voz suave.

–Ese sábado yo estaba jugando en la casita del árbol y no sé dónde estaban todos los demás cuando mamá salió en la bici –y Sally continuó–: Tuvimos una pelea –las lágrimas caían silenciosamente por su rostro–. Bueno, yo estuve armándole un escándalo a mamá. Ella no se lo estaba tomando muy en serio.

–¿Sobre qué fue?

–Yo quería ponerme un pendiente en la nariz y mamá no me dejaba –dijo Sally medio riéndose y pasándose el dorso de la otra mano por la nariz llena de mocos.

–¡Y lo bien que hizo! –dijo la abuela–. Son asquerosos, esos pendientes.

–El caso es que yo me puse cada vez más loca y... y... –ahora Sally estaba realmente alterada y retiró la mano de la del abuelo y se tapó la cara, y su voz sonó chillona y quebrada, y también comenzó a llorar un poco, y luego dijo que le había gritado a mamá que la odiaba, que esa fue la última cosa que le había dicho a mamá antes de que ella dejara la casa y se marchara... ¡y que ahora Conor podía ver lo mala persona que era! Entonces Sally hundió la cabeza sobre sus brazos y lloró y lloró.

Durante mucho tiempo hubo silencio alrededor de la mesa, Sally lloraba y papá le frotaba la espalda en círculos, y después de algún rato el abuelo dijo:

–¿Y cuál fue la última cosa que tu madre te dijo a ti?

Yo hubiera deseado que se quedase callado y dejara de hacer esas preguntas terribles, y creo que yo no era la única, porque papá lo miró de un modo raro..., pero Sally levantó la cabeza y, con voz muy tiste, dijo:

–Bueno, ya conoces a mamá –sorbió por la nariz de una manera curiosa y ya no lloraba tan fuerte–. Mami no hizo más que reírse y responderme a gritos: «¡Yo también te quiero, hija!», y luego me lanzó un beso por el aire y se marchó. Eso me volvía todavía más loca –dijo Sally con una especie de medio risa y medio llanto.

–Ella ya te ha perdonado –dijo el abuelo con voz suave y sonriendo–. Ahora suénate la nariz, niña.

La abuela sacó de su manga un pañuelo de papel y se lo dio a Sally, y se sonó la nariz como una trompeta.

–Ya ves, espía –Sally se volvió hacia mí–, ahora ya conoces mis secretos oscuros.

Entonces todo el mundo me miró, como si fuera mi turno de decir algo.

–Los pendientes en la nariz se llenan de mocos –dije–. Me alegra que no lleves uno.

Y entonces todo el mundo se rio, incluso Sally..., incluso Conor.

–Dijiste lo que dijiste con tu cabeza, cariño, no con el corazón..., así que eso no cuenta –dijo papá. Y Conor le dijo a Sally que ella no era mala, que solo tenía mal carácter, y la abuela preparó una nueva tetera porque nadie se había bebido su té, y consiguió encontrar en alguna parte algunos pepitos que Sally no había comido, y el abuelo se burló diciendo que esa mujer era imposible y que evidentemente estaba escondiendo los pepitos y que no era extraño que estuviera tan gorda. Y hasta la abuela se rio.

Capítulo 33

Al día siguiente en el colegio estaba muy cansada. Papá había dicho que podía quedarme en la cama porque había trasnochado, pero de todas formas fui al colegio. Aunque al llegar la hora del recreo estaba tan adormilada que solo quería dejarme caer en una cama.

Me pongo de muy malhumor cuando estoy cansada. Tal vez si Sarah hubiera sabido eso me habría dejado en paz, pero no pudo mantenerse lejos.

—Ahí vienen —suspiró Orla cuando la gran matona y sus perritas falderas atravesaban el patio hacia nosotras.

—Ey, pecosa. Ey, chinita tontita —dijo ya antes de llegar hasta nosotras.

Yo miré el suelo. Orla, por supuesto, miró a Sarah directamente a los ojos. Yo desearía ser tan valiente como ella.

—¡Tontita, sonríe! —se burló—. ¡Tu hermana ha vuelto de nuevo a casa!

—Lárgate —gruñó Orla.

—Ah, no seas así, cuatro ojos —dijo Sarah en un tono dolido—. Solo estamos aquí para animar a esta pobre y triste tontita... ¿No es verdad, chicas? Está tan triste desde que su mami murió...

Cuando Sarah mencionó a mi madre y las niñas que estaban con ella se rieron incómodas, yo noté que se me tensaba la mandíbula y un sentimiento de odio me llenó por dentro.

—No sé por qué estás tan triste, chinita. No era como si fuese tu verdadera madre, ¿no? —continuó Sarah.

De pronto se hizo un silencio. Un silencio muy profundo en todo el patio. Las otras niñas no se reían. Incluso Sarah se quedó en silencio. Tal vez hasta ella sabía que había ido un paso demasiado lejos esta vez. Hubo un zumbido en mis oídos y por un momento me pareció estar en el cielo, fuera de mi cuerpo, mirando al grupo de niñas abajo en el patio. Orla y yo estábamos rodeadas por las otras niñas. Sarah de pie delante de mí. La señorita Hardy en el último de los escalones, de pie y mirándonos, percibiendo que algo había pasado... o estaba a punto de pasar.

Entonces yo exploté.

—¿QUÉ ES LO QUE HAS DICHO? —rugí, con más fuerza que nunca.

Avancé en dirección a Sarah hasta que mi cara estuvo a un centímetro de la suya, y ella retrocedió... pero yo volví a avanzar. ¡Había un monstruo en mi interior y no iba a quedarse allí dentro! Mis ojos ardían mirando los de Sarah y ella no sabía dónde mirar... solo seguía retrocediendo, pero no podía ir muy lejos.

Todos los niños del patio estaban atentos ahora. Todos los juegos se detuvieron.

La señorita Hardy estaba bajando las escaleras.

–ERES UNA MATONA, SARAH SINCLAIR, ¡Y SOLO ERES FELIZ CUANDO LOGRAS QUE OTRA GENTE SE SIENTA MISERABLE! ERES UN GUSANO Y SERÁ MEJOR QUE TE ARRASTRES DE VUELTA A TU AGUJERO PORQUE SI LLEGAS A DECIR UNA SOLA PALABRA ASQUEROSAMENTE MALVADA SOBRE MÍ O SOBRE MI MADRE O SOBRE MI AMIGA TE MATARÉ.

Sarah ahora retrocedía muy rápido. Los niños se movían a un lado para dejarla pasar, pero yo no iba a permitir que se marchara. Mis dos manos estaban apretadas en dos puños y estaba a punto de darle un puñetazo en su gran nariz puntiaguda cuando la señorita Hardy me agarró y me retuvo.

–¡Vamos todos, el espectáculo se ha terminado! –gritó a los otros niños–. ¡Volved a jugar!

Sarah no necesitó que se lo dijeran dos veces. ¡Se dio la vuelta y echó a correr! Yo intenté ir tras ella, pero la señorita Hardy es fuerte y me retuvo.

–Calma, Mimi. Calma –decía mientras me sujetaba, y había un ligero tono de risa en su voz–. ¡Creo que Sarah ha captado el mensaje!

Pero yo todavía estaba en ebullición y luchaba por liberarme.

–Respira profundo, Mimi, respira profundo.

Esta vez hice lo que me decía, hice algunas respiraciones profundas y lentamente sentí que me calmaba un poco y recuperaba de nuevo la compostura. Orla estaba de pie frente a mí, con la boca abierta.

–¿Te sientes mejor ahora? –preguntó la señorita Hardy.

En aquel momento, entre arrastrándome y haciéndome caminar me había llevado hasta el último escalón. A pesar de lo que había dicho, un grupo de niños curiosos nos habían seguido..., pero no había ni rastro de Sarah.

–¡Sí! –dije–. ¡Me siento mucho mejor ahora!

La señorita Hardy se rio en voz alta cuando dije eso.

–¡Pero no estoy diciendo que me arrepienta! –le dije... y lo decía en serio.

–Desde luego que no –dijo la señorita Hardy, pero en voz baja esta vez, como para que solo yo, y tal vez también Orla, que estaba al lado, pudiéramos oírla. Luego susurró–: Estoy orgullosa de ti, Mimi. Puedes sentirte orgullosa de ti misma.

Y esa fue la primera vez que me sentí realmente muy contenta de que mi maestra fuera la señorita Hardy y no la señorita Dida.

Pero casi cambio de idea otra vez cuando la señorita Hardy me dijo, antes de irme a casa, que me castigaría si no hacía cada día mis deberes de ahora en adelante.

Así que los hago... y no está tan mal, excepto por las matemáticas. Simplemente odio las matemáticas.

Capítulo 34

Los deberes no han sido la única cosa que ha cambiado en nuestra casa.

Papá ha vuelto a trabajar media jornada. Por ahora solo por las mañanas para que no caigamos en la bancarrota, ha dicho.

–¿Qué significa la bancarrota? –le pregunté, pero él se limitó a pellizcarme la nariz y se rio.

–Pregunta al tío Horace; él disfrutará explicándotelo.

Y tendré un billete de bus mensual a partir de ahora para llegar en hora al colegio. Sally y Conor también. Me preocupa un poco quedarme dormida un día y perder el autobús, pero Sally dice que ella me sacará de la cama arrastrándome del pelo.

Todos nos sentamos e hicimos una lista. Es un horario con tareas para todos. Fue idea de papá, pero creo que la robó de la tía B. Las tareas cambian cada semana. Yo esta semana tengo que pasar la aspiradora y pasear a la perra. Papá dice que nuestra casa va a funcionar como una máquina bien aceiteada, ¡todo en orden y todo a tiempo!

Conor llevó los ojos al cielo cuando papá dijo eso, pero todos estuvimos de acuerdo en intentarlo. Sally dice que aguantaremos una semana como máximo. Pero papá cree que si todos nos esforzamos funcionará. Yo espero que tenga razón, pero voy a pedirle ayuda a mamá, solo por si acaso.

Parte 2

Seis meses más tarde

Capítulo 35

Jueves 22 de septiembre: faltan dos días

–La primera vez que Rosa vio a tu padre, ella estaba con su mejor amiga, Caroline. ¿Y sabes lo que dijo de él en su diario? –me contó la tía M mientras conducía. Primero íbamos a recoger a Emma, y luego a Sally.

–No deberías haber leído el diario de mi madre –le dije sonriendo.

–¡Bueno, eso tiene gracia, viniendo justo de ti! –fingió sentirse muy ofendida–. ¡Apuesto a que todavía lees el diario de Sally cuando tienes la oportunidad!

–¡Claro que no lo hago! –dije. Era mi turno para sentirme ofendida.

–Sí lo haces –dijo, apretándome la rodilla–. Di la verdad.

–Ya no lo leo.

–¡Sí lo haces! –dijo, y me apretó la rodilla con más fuerza.

–Bueno, bueno... Tal vez a veces. ¡Y ahora suéltame la rodilla, por favor!

–Lo sabía. Simplemente lo sabía –se rio y volvió a poner las manos en el volante–. No puedes engañar a tu tía Margarita.

–¿Entonces qué decía mi madre sobre mi padre en su diario íntimo, tía M?

–Decía que era un gran aguafiestas con dientes torcidos, pelo grasiento y cara llena de pecas y que no podía entender qué veía en él su amiga Caroline. ¡Era evidente que se sintió fascinada por él en el acto! –y la forma en que lo dijo la tía M me hizo reír.

Emma estaba de pie en el camino y se puso a dar saltitos cuando vio llegar a la tía M.

–Hola, M. Hola, Dig –dijo (ella llama solo M a la tía M, pero yo la sigo llamando tía M).

Hoy íbamos a buscar nuestros vestidos. Sally va a ser dama de honor y Emma y yo vamos a ser las ayudantes de la dama de honor.

–Mis esclavas, más bien –dijo Sally.

–¿Cuál es nuestro trabajo exactamente, tía M? –pregunté.

–Bueno, estaréis bonitas y llevaréis flores y generalmente haréis los recados.

–¿Pescados? –yo arrugué la nariz y me puse a hacer muecas con Emma–. ¿Tendremos que preparar los pescados?

–¡No he dicho pescados, he dicho recados! –dijo la tía M–. ¡Id a buscar eso! ¡Id a buscar aquello! Ese tipo de recados.

–¡Ooooh! –dijo Emma–. ¿Te refieres a esclavas, como dice Sally?

La tía M se rio y detuvo el coche junto a la tienda de la señora Lemon. Sally ya estaba esperando. Ahora trabaja en la tienda de la señora Lemon cada sábado, pero hoy se ha dejado caer por allí para ayudar porque no podrá ir el sábado. Al principio trabajó gratis hasta pagar a la señora Lemon todo el material de papelería que le había robado, pero ahora recibe una paga. Pero ella dice que trabajaría gratis y que la señora Lemon es su mejor amiga entre las personas mayores. Hoy tiene chocolatinas para todos.

–Para mí no, gracias –dijo la tía M–. ¡Quiero caber en ese vestido de novia!

–Una chocolatina no va a matarte –bromeó Sally–. ¡Estás empezando a parecer una piruleta! Una gran cabeza redonda y el cuerpo como un palillo.

–Muchas gracias, Sally, muchas gracias. Supongo que preferirías verme tan gorda como mi madre...

–¿Estás llamando gorda a la abuela? –preguntó Emma–. ¿Cómo te atreves?

–Es mi madre y la llamaré como quiera –respondió la tía M–. Probablemente terminaré siendo como ella, de todas formas. La mayoría de las personas se acaba pareciendo a sus madres.

–Yo no terminaré por parecerme a mamá –dije yo.

Todo el mundo se quedó callado un momento en el coche cuando yo dije eso. Entonces la tía M dijo:

–Bueno, tú ya te pareces a Rosa de otras maneras. Eres un poco despistada, como ella.

–Y lees el diario de otras personas –señaló Sally rápidamente.

Yo iba a decirle que no era mamá quien hacía eso, que era la tía M, pero mi teléfono vibró y era un chiste de Orla:

Hola! Sbes ste? Crees en el amor a primera vista? Claro,
mi amor, si te hubiera visto mejor no me casaría contigo.

Tuve que leerlo, por supuesto, y todos se rieron..., pero yo no lo pillé. De todas formas, ya habíamos llegado a la tienda de vestidos, así que todo el mundo se olvidó de eso y nos bajamos del coche muy entusiasmadas.

Capítulo 36

Papá estaba ocupado en la cocina cuando volvimos a casa.

La tía M cruzó la habitación soleada de la parte trasera para inspeccionar el jardín.

–El jardín está fantástico..., ¿pero no crees que te has pasado con las margaritas, Paul? –le gritó.

Tenía razón..., nuestro jardín estaba absolutamente cubierto de margaritas, moviendo sus curiosas cabecitas al viento. Las habíamos plantado en honor a la tía M por la boda.

–¡Esas flores germinan como malas hierbas! –respondió papá–. Igual que tú, Margarita.

–Gracias por el cumplido, Paul –se rio la tía M–. Sally probablemente habría plantado piruletas en mi honor si lo hubiera hecho a su manera.

–Y ahora, chicas –nos dijo papá a mí y a Emma–, va a venir mucha gente por aquí a cenar esta noche, así que será mejor que cocinemos. Tu prometido está fuera en el cobertizo con Conor jugando a la raqueta –le dijo a la tía M.

Meses atrás, Nicholas y la tía M habían preguntado a nuestra familia si podían usar nuestro jardín trasero para su banquete de bodas, porque era grande y precioso y ellos no podían permitirse un hotel.

Yo creí que estaban locos.

–Nuestro jardín antes era precioso –le había dicho yo a tía M–, cuando mamá lo cuidaba. Ahora es solo el gran estercolero de la perra.

–El césped te llega hasta la cintura –añadió Sally.

–Y los arbustos están demasiado grandes y los parterres de flores probablemente estarán llenos de malas hierbas –dijo Conor.

–Sí. Todo eso es verdad –admitió papá–. Pero ya sabes, podemos arreglarlo si trabajamos todos juntos. Tenemos tres meses, al fin y al cabo.

–¿Y qué pasa si llueve el día de la boda? –señaló Sally.

–Oh, ya hemos pensado en eso –dijo la tía M–. Podemos poner un toldo. Vuestro jardín es lo bastante grande.

Así es como terminamos por organizar la celebración del banquete de bodas en nuestro jardín, y estaba siendo muy excitante. Solo faltan dos días. El toldo llegará mañana.

Fue un trabajo muy duro. Papá hizo lo más desagradable, que fue limpiar toda la caca de perro.

–¡Esta perra es una campeona mundial cuando se trata de hacer caca! –dijo mientras tiraba otra bolsa apestosa a la basura.

Luego tuvimos que ocuparnos del césped.

–¡Esto parece más bien un campo de heno! –se quejaba Sally mientras lo cortábamos con los grandes cuchillos en forma de ganchos que papá alquiló por un día. Luego, cuando estuvo lo bastante corto, vimos que el cortacésped se había quedado fuera todo el invierno y estaba completamente oxidado por la lluvia.

–¡Oh, al infierno con esto! –dijo papá, y lo tiró al gran contenedor que había alquilado.

Luego –y esto es lo mejor–, ¡papá compró un tractor cortacésped! Es magnífico. Basta con que te sientes encima y lo conduzcas arriba y abajo para que el jardín quede como una pista de carreras. Tuvimos terribles peleas por el turno de cortar el césped, hasta que Sally hizo una lista para que todos tuviéramos nuestro turno sin pelearnos. Lo de los turnos funcionó..., bueno, la mayor parte del tiempo.

–Es ridículo –dijo la abuela–. ¡Vuestro jardín no es tan grande! Rose cortaba el césped con un cortacésped normal.

–Deberías probar tú, abuela –dijo Sally–. Es muy divertido.

–Oh, estoy demasiado vieja para este tipo de cosas –dijo la abuela, ruborizándose un poco.

–¡Oh, vamos! –la animó papá, que ya lo había probado–. Sabes que quieres hacerlo. No te preocupes, es muy fuerte. No lo romperás.

–Vamos, abuela –dije yo.

–Bueno, si lo he de hacer... –suspiró la abuela, como si fuera a hacerlo solo por nosotros. Condujo alrededor del jardín y casi choca contra un árbol.

–¡Cabalga, cowboy! –gritó Conor. Aquel fue un buen día.

El día de la limpieza del cobertizo no fue un buen día.

–¿Por qué no vacías el cobertizo de una vez por todas y así podrás poner tu batería y ensayar con tu grupo sin molestar a todo el vecindario? –le dijo papá a Conor–. ¡No sé cuántas veces te lo he dicho!

Conor apretó los labios y parecía que estaba juntando coraje para hacerlo. Dio unos pasos hacia el cobertizo... y luego de repente se dio la vuelta y salió disparado hacia casa llorando.

–¿Qué le pasa a este chico? –preguntó papá con voz de estar harto–. Solo le he dicho que limpie el cobertizo –realmente no sabía qué estaba pasando. Se debía de haber olvidado.

–¿No te acuerdas de lo que hay ahí dentro, papá? –dijo Sally tranquilamente.

Papá se quedó inmóvil por un momento, pensando.

–¡Oh, Dios! –dijo–. ¿Cómo puedo haberme olvidado? Pobre chico –luego entró

en casa detrás de Conor y se quedó allí durante un rato.

Sally dijo:

–Déjalos con eso, Mimi –así que continuamos con las malas hierbas sin decir una palabra más.

Papá salió primero. Conor iba tras él, pero se detuvo ante la puerta trasera y se quedó allí, observando. Ya no lloraba, pero tenía los ojos rojos. Papá parecía realmente preocupado pero muy decidido mientras caminaba rápido hacia el cobertizo. Sally se puso de pie para seguirlo, pero dio solo un paso y se detuvo.

Papá inspiró profundamente y abrió la puerta del cobertizo. A través de sus piernas yo pude ver la bicicleta abollada, y de repente sentí un gran nudo en la garganta y me picaban los ojos. Sally lloraba suavemente detrás de mí. Papá se quedó allí de pie durante un rato, simplemente mirando la bicicleta. Su cuerpo parecía tan tenso como un cable, y lo recorrían escalofríos. Nos daba la espalda, así que no podía verle la cara. Me alegraba de eso.

Entonces él hizo ese horrible sonido quejumbroso que contenía en él toda la tristeza del mundo, y se inclinó y levantó la bicicleta abollada de mamá y la cargó a toda prisa por el camino que atraviesa el jardín de delante y la arrojó con tanta fuerza como pudo dentro del contenedor. Luego regresó al jardín, se detuvo y nos miró durante un momento largo.

–Ahora ya no está –dijo con la voz quebrada, y tenía los ojos muy rojos y la cara completamente descompuesta. Luego volvió despacio hacia la casa, y cuando pasó junto a Conor le dio un ligero apretón en el brazo.

Yo pensé en ir detrás de él, pero Sally me dijo:

–Démosle un minuto –así que seguimos sacando las malas hierbas en silencio, y después de un rato Conor fue hacia el cobertizo y comenzó a sacar las otras cosas fuera.

A partir de ese día se estuvo mejor en nuestra casa.

Capítulo 37

–¡Hoy vamos a cocinar un plato popular italiano que se llama *spaghetti alla puttanesca*! –declaró papá, besando con los labios las yemas de sus dedos–. Abre el libro para idiotas por la página 19, Mimi.

El libro *Cocina para idiotas* le fue enviado a papá por parte de la tía H y había salvado a nuestra familia de la muerte por inanición o envenenamiento.

–¡Es fantástico! –dijo Emma, estudiando la página–. ¡Ni siquiera un perfecto idiota podría equivocarse!

–Gracias, Emma –dijo papá–. ¡Eso me hace sentir bien! En recompensa puedes picar las guindillas. Pon tres veces más de lo que dice el libro..., vamos a alimentar a las hordas hambrientas esta noche.

–Esto son seis chiles, tío Paul –dijo ella–. ¡Va a estar picante!

–Sí, ¿verdad? –sonrió papá.

Yo hice los spaghetti. El libro decía 500 gramos de spaghetti y entre paréntesis añadía: «Para idiotas: 500 gramos es un paquete entero». Así que tuve que usar tres paquetes, lo cual significaba que necesitábamos nuestra cacerola más grande.

Fue divertido cocinar con papá y con Emma. Emma realmente disfrutaba con el libro para idiotas.

–¡Ey, idiota! –me dijo ella–, ¿se te están pegando los spaghetti?

–Sí, se pegan –respondí.

–Entonces echa unas gotas de aceite de oliva en el agua y remueve un poco más. ¡Idiota!

¡Parecía que había pasado mucho tiempo desde que la única comida que hacía papá era pizza! (y ni siquiera podía hacerla bien). Ahora incluso puede usar la lavadora sin arruinar toda la ropa. La tía B le enseñó cómo hacerlo bien después de que las camisetas del equipo de fútbol de Conor se tiñeran todas de rosa.

–¡Mi vida está arruinada! –aulló Conor–. Me van a matar. No podré volver a jugar al fútbol nunca más. ¡No podré volver a dar nunca la cara!

La tía B tuvo que resolver eso también.

–Oh, no seas tan dramático, Conor –dijo con voz brusca–. Las teñiré de rojo y todo el mundo estará contento. Apuesto a que tu equipo sigue al Manchester United, o si no al Liverpool, y el rojo estará muy bien para ellos –así que todo se arregló.

Pero Conor no es el único a quien no le gusta el rosa.

–No creo que Sally esté muy contenta con el vestido de dama de honor rosa –dijo Emma mientras removía los chiles y el ajo en la sartén.

Justo entonces sonó el timbre. Era el tío Horace, que había venido a darnos nuestra clase. Llegaba puntual como siempre.

La señorita Hardy le dijo a papá que yo necesitaba ayuda extra con las matemáticas porque me había atrasado mucho el año pasado. (La señorita Hardy sigue siendo mi maestra porque la señorita Dida va a tener otro bebé. Ya mismo. ¿No es increíble?) Así que el tío Horace ha dicho que me enseñará (y también a Emma, porque ella es una inútil en matemáticas), si papá le enseña a Emmett algunos acordes con la guitarra.

–Es un intercambio justo –dijo el tío Horace–. Convertiré a estas jovencitas en dos de las mejores matemáticas que haya visto nunca este país, y tú puedes convertir a mi hijo en una estrella del pop.

Así que ahora cada jueves, exactamente a las cinco y media, el tío Horace llega con Emma, me aprieta la mano tan fuerte que casi se me caen los dedos, y luego se dedica a entrenar mi mente.

–Hoy vamos a aprender algo acerca de lo más importante del mundo: el dinero –comienza el tío Horace. Pone las manos detrás de la espalda y camina arriba y abajo frente a la ventana.

Fuera, Emma y yo podemos ver a la tía M y a Nicholas sentados en el jardín, con sus cabezas casi tocándose.

–El dinero pone al mundo en movimiento –al tío Horace le gusta dar discursos–. Vuestra tía Margarita y el joven Nicholas no estarán de acuerdo conmigo ahora, pero pronto lo aprenderán. ¡El amor no paga las facturas!

Emma me da un pequeño codazo. En el jardín, Nicholas y la tía M han empezado a besarse. Emma suelta una risitas.

–¿Estás escuchando alguna palabra de lo que digo, Emma? –pregunta el tío Horace.

–¡Claro que sí! –responde Emma.

–Entonces contesta esto. ¿Qué es lo que pone al mundo en movimiento?

–¡El amor! –respondió Emma con una sonrisa.

–¡Oh, por el amor de Dios! –dijo el tío Horace–. Dile qué es lo que pone al mundo en movimiento, Mimi... Seguro que tú estabas escuchando.

–El amor –digo yo con un tono soñador.

–Renuncio –dice el tío Horace–. Esta boda juvenil está haciendo papilla el cerebro de todo el mundo. Tendremos una clase doble la semana que viene cuando las cosas vuelvan a la normalidad. ¡Ahora salid fuera, sinvergüenzas, y compraos un helado o cualquier otra cosa que os pudra la dentadura!

–Gracias, tío Horace –dije yo, apartando mi silla.

–No tenemos dinero –dijo Emma.

–¿Y qué? –se rio el tío Horace–. ¡Seguro que podéis pagar con amor! –y soltó una gran carcajada y salió de la habitación. Pero al pasar por la puerta lanzó una

moneda de dos euros por encima de su cabeza, y Emma y yo casi rompemos la mesa tratando de atraparla.

Capítulo 38

Viernes 23 de septiembre: falta un día

A la hora del recreo, Orla tenía otro chiste de bodas, por supuesto.

–Una niña pequeña va a ir a su primera boda –empezó.

–También va a ser mi primera boda –la interrumpí.

–Y la mía también. No puedo esperar –dijo Orla.

La tía M y Nicholas habían dicho que Conor, Sally y yo podíamos invitar cada uno a un amigo a la boda porque habíamos hecho un trabajo estupendo en el jardín. Conor ha invitado a Roger, que es su amigo desde que tenía dos años. Sally ha invitado a Tara Sinclair, pero ha tenido que prometer que no irá de negro. Sally quería que yo invitara a Sarah Sinclair para que las dos hermanas estuvieran juntas, ¡pero de eso ni hablar! Sarah y yo nos llevamos bien ahora, pero ella no es exactamente mi mejor amiga (de hecho creo que me tiene un poco de miedo). De todos modos, voy a invitar a Orla, por supuesto, ¡porque ella es mi mejor amiga!

–Entonces la niña pequeña le dice a su madre: «¿Por qué va de blanco la novia?»

–Orla continúa con su chiste–: «Eso es porque el blanco es el color de la felicidad y la alegría», explica la madre. «¿Entonces por qué va de negro el novio?», pregunta la niña.

Yo estaba esperando otra frase, pero no la hubo. Ese era el chiste.

–No lo has pillado –dijo Orla.

–No... ¿Por qué va de negro el novio?

–¡Oh, Mimi! –gruñó Orla, y fingió tirarse de los pelos–. ¡No es tan difícil de entender! El negro es lo contrario del blanco, entonces...

Pero yo no la estaba escuchando. Me estaba preguntando cómo irían las cosas en casa.

No muy bien, en realidad. Cuando llegué a casa, el toldo estaba puesto y había hombres sacando sillas de un camión estacionado fuera, y el abuelo y Nicholas y papá estaban colgando cuerdas de luces de colores por todo el jardín, pero debajo del toldo la tía M y la abuela se estaban gritando.

–Yo que tú no entraría ahí, Mimi –me advirtió el abuelo. Estaba sujetando la escalera.

–Ahí está teniendo lugar la Tercera Guerra Mundial, Mimi –añadió Nicholas

subido a la escalera.

–¡Todavía estás a tiempo de cambiar de idea, Nicholas! –bromeó papá.

Dentro del toldo la tía M estaba gritando:

–¡Es mi boda y yo decidiré dónde se sienta la gente, y la estupenda tía Violet puede sentarse en la punta de un árbol de Navidad, que a mí me tiene sin cuidado!

–Yo solo decía que... –la abuela empleaba su tono de voz «razonable», cosa que siempre saca a la tía M de sus casillas.

–¡Sé lo que estás diciendo y me importa un comino! –rugió la tía M.

–Dicen que todas las novias acaban siendo como sus madres, Nicholas –se burló papá, mientras le pasaba una bombilla roja.

–¡Parece que a Margarita ya le ha ocurrido! –respondió Nicholas con tono de arrepentido.

Decidí entrar en casa. George estaba sentado en la cocina, comiendo un sándwich de mermelada. George es el hermano de Nicholas y es el padrino de la boda. Cosa que da mucha risa porque George solo tiene 16 años. Ni siquiera es un hombre. Es como una judía verde larguirucha con el pelo por los hombros. La abuela dice que es un hippie.

–¿Qué hay, tía? –me dice al verme–. ¿Quieres un sándwich de mermelada?

Yo miro la encimera. Está cubierta de migas y grumos de mantequilla y gotas de mermelada.

–No, gracias –le digo, y cojo un yogur de la nevera.

–Guay –dice George. Todo es «guay» para George. La abuela dice que el techo podría venirse abajo y para George estaría «guay»–. De todas formas no puedo hablar ahora, estoy escribiendo mi discurso –había un pedazo de papel arrugado sobre la encimera en medio de aquel desastre, todo lleno de palabras tachadas y con una mancha de mermelada encima, y George se rascaba la cabeza con la punta masticada de un bolígrafo.

–Vale, guay –dije yo, y me llevé mi yogur al salón para ver «Sureños».

Al cabo de un rato, entró la tía M y se dejó caer a mi lado en el sofá.

–¡Tu abuela! –dijo, pero parecía haberse calmado un poco.

–¿Ya está todo resuelto, tía M? –pregunté, con un ojo todavía en la tele.

–No, no lo está –suspiró la tía M–, pero supongo que se resolverá a lo largo del día. Al menos espero que el buen tiempo dure hasta mañana.

–Mi mami está a cargo del tiempo. Papá dice que todo irá bien porque ella es muy responsable.

La tía M se rio y me dio un pequeño apretón.

–¿Has visto al padrino? –preguntó. Era realmente difícil seguir lo que estaba pasando en «Sureños» con todas esas interrupciones de la tía M–. Nicholas era como él cuando nos conocimos. Un vago total. ¡Tu abuela cree que todavía lo es!

–A Sally le gusta mucho –dije.

–¿Quién? ¿Mi Nicholas?

–No, tu Nicholas no –dije–. ¡George!

–¿Y cómo sabe usted eso exactamente, señorita Mimi? –la tía M comenzó a pincharme en un costado con un dedo–. ¿Sally te lo ha dicho?

–Bueno..., en realidad no.

La tía M estaba ahora de rodillas en el sofá atacándome, y yo no podía parar de reír.

–¿Lo has leído en su diario, verdad? ¡Reconócelo, pequeña espía entrometida! Reconócelo o morirás víctima de miles de cosquillas –entonces las dos nos caímos al suelo, y entre los ataques de risa que casi me ponen enferma pude oír la música del final de «Sureños».

Por la noche, cuando todavía había luz, papá y yo sacamos a Bengala a dar un paseo. Todos los demás se habían ido a casa. Caminamos juntos en silencio, pero era un silencio agradablemente pacífico. Entonces papá dijo:

–Ya sabes que voy a volver a trabajar a tiempo completo cuando terminen las vacaciones escolares.

Yo lo sabía, pero no quería pensar en eso. Y tampoco quería hablar de eso.

–Mamá murió durante las vacaciones escolares –dije finalmente.

–Sí –dijo papá–. No parece que haya pasado ya un año, ¿verdad?

Pensé sobre eso. A veces parecía que había pasado ayer, y otras veces era como si hubiese pasado hace cien años.

–Me gustaría que estuviera aquí para la boda –dije.

–A mí también –dijo papá–, pero de todas formas pasaremos un buen día, ¿verdad? –y me puso el brazo alrededor del hombro.

–Sí, será un buen día. ¡No puedo esperar!

Nos detuvimos porque Bengala tenía que hacer su caca, como de costumbre.

Cuando regresamos había oscurecido.

–Quiero mostrarte algo –dijo papá–. ¡Mira!

Le dio a un interruptor y todo el jardín se iluminó con pequeñas luces de colores. Parecía mágico. Y sentados en medio del césped, de repente iluminados, estaban Sally y Conor charlando tranquilamente.

–Ahora hay que irse a la cama, señorita –dijo papá–. Tienes un gran día mañana. Será un gran día para todos –y me dio un abrazo especial.

Antes de ponerme a dormir cogí la foto de mamá y le dije que a Sally le gustaba George, y le pedí que no se olvidara de hacer que el sol brillara mañana, y le dije que la quería, le di las buenas noches y le deseé que durmiera bien.

Capítulo 39

Sábado 24 de septiembre: ¡el GRAN día!

Hoy han pasado un montón de cosas buenas.

Primera cosa buena: Me desperté temprano y el sol estaba tan fuerte que su brillo se colaba a través de las cortinas. Mamá había hecho un buen trabajo.

Segunda cosa buena: Papá nos llevó a Sally y a mí al apartamento de la tía M para prepararnos. Emma ya estaba allí y el sitio era un desastre. La tía M estaba agitada. Sally tuvo que ayudarla a vestirse, y Emma y yo tuvimos que ponernos nuestros vestidos color rosa malvavisco, y el teléfono no paraba de sonar.

–Residencia de la señorita Margarita Roche. ¿En qué puedo serle de ayuda? –dijo Emma con una voz muy pija al atender el teléfono. Era la abuela–. M, la abuela quiere saber si necesitas ayuda para vestirte –gritó Emma.

–¡Dios, no! –murmuró la tía M por lo bajo, a pesar de que estaba teniendo un pequeño ataque de pánico. Sally intentaba hacerle un recogido en el pelo, pero parecía más bien un nido de pájaros–. Dile que no, gracias, que todo va bien. ¡Sally lo tiene todo controlado! –gritó la tía M desde el dormitorio.

–Margarita dice que todo está bajo control, sin retraso y en orden, abuela. Tu ayuda, aunque es altamente apreciada, no será requerida. Gracias y que tengas un buen día –Emma tuvo un ataque de risa cuando colgó el teléfono–. Me ha llamado pilla impertinente –dijo.

–¡Esto no funciona, Sally! –decía la tía M–. ¡Sé que lo estás haciendo lo mejor que puedes, pero no tienes ni idea!

–¡Es solo porque no te quedas quieta ni un minuto! –se quejó Sally.

–¿Te importa si llamamos a Betty? –preguntó la tía M.

–¡Hazlo, por favor! –dijo Sally, que se estaba hartando un poco de todo eso.

–¡Emma, llama a tu madre! –gritó la tía M.

Cuando llegó la tía Betty, sacudió la cabeza al ver el estado del lugar y el estado de la tía M.

–Margarita, ¡estás hecha un desastre! –declaró, y luego comenzó a dar órdenes.

–Mimi, recoge esas ropas y dóblalas. Sally, arréglate. Emma, quítate de en medio. ¡Hale, hale!

Por supuesto que pronto tenía a la tía M completamente vestida, maquillada y luciendo como una princesa.

–Bien, estáis todas fantásticas –dijo la tía B–. ¿Ahora puedo ir a casa a

prepararme? ¡Tengo que ir a una boda!

–Parecemos una piruleta y tres malvaviscos –dijo Sally, y todo el mundo se rio.

Tercera cosa buena: Conducir hasta la iglesia con el abuelo en su cacharro. El abuelo llevaba una semana sacando brillo al cacharro y ahora podías verte la cara reflejada. Había atado lazos blancos en el capó y la antena, y los otros coches nos daban bocinazos mientras conducíamos. Emma y la tía M iban sentadas atrás, y Sally y yo delante. El abuelo conducía muy despacio y con mucho cuidado.

–Mantén las manos en el volante y los ojos en la carretera, viejito –dijo la tía M imitando la voz de la abuela.

A pesar de que el abuelo condujo a una velocidad de tortuga, llegamos a la iglesia demasiado pronto –se supone que las novias han de llegar tarde–, así que la tía M le hizo dar la vuelta a la manzana tres veces.

Cuarta cosa buena: Caminar hacia el altar con Emma, sujetando la cola de la tía M (la larga cola de su vestido), mientras sonaba la música de la boda. Sally tenía que caminar despacio delante y la tía M iba agarrada del brazo de papá y era tan «guay»...

Quinta cosa buena: George estaba ridículo con su traje negro. Era demasiado grande para él, y cada pocos segundos tenía que subirse los pantalones para impedir que se le cayeran. Tenía una marca húmeda en la parte delantera de la camisa de una mancha de mermelada que se había intentado quitar y las flores que llevaba parecían muertas.

–¡Es tan mono! –susurró Sally.

La tarea de George era entregar los anillos de boda en el momento oportuno, pero al parecer no los encontraba. Buscó en todos sus bolsillos. Sacó un juego de llaves, unos papeles arrugados, que probablemente contenían su discurso, pañuelos de papel, un billete de autobús y algunos euros, que dejó caer y salieron rodando iglesia abajo.

–¿Dónde están? –siseó Nicholas.

–Están en alguna parte, tío –susurró George–. Espera..., sujeta esto.

Le entregó a Nicholas todas las cosas que ya había sacado de los bolsillos. La tía M giró la cabeza, así que no pudimos verle la cara, y levantó los ojos al cielo y se oyó una risita sofocada a través de la iglesia, pero yo pude ver por el rabillo del ojo que la abuela no estaba muy contenta.

Luego, George por fin encontró los anillos.

–Vale, chicos, tranquilos... ¡Qué guay!, ya los tengo –dijo entregando los anillos a Nicholas, que le devolvió a George toda su basura.

Luego se pusieron los anillos y Nicholas besó a la novia unos cinco minutos y entonces ya estaban casados.

Sexta cosa buena: Se suponía que Nicholas tenía que alquilar una gran limusina para llevar a la tía M a la celebración en nuestro jardín, pero no lo hizo.

–¡Oh, Nicholas! –dijo la tía M, y todo el mundo pensó que iban a tener la primera pelea de su vida de casados.

Pero él se reservaba una sorpresa. Tenía una moto para llevarla, pero no era su motocicleta. Era una moto grande negra y brillante con sidecar.

–¡Ta-chán! –dijo mientras ayudaba a la tía M a subirse al sidecar–. No necesitas un casco. Tu pelo seguirá precioso. Entonces, puso la capota por encima de ella y él se puso su casco, se subió a la moto y salió zumbando por la carretera.

Todo el mundo los animó y hasta la abuela tuvo que sonreír.

–Es superguay, tío –oí que Conor le decía a George, y me pareció que pronto todos estaríamos hablando como George.

Séptima cosa buena: La comida era buena, pero se hizo un poco larga; sin embargo, los postres eran estupendos. Estaban todos expuestos en grandes mesas: gelatina, helado, profiteroles, tiramisú, pavlova, mousse de chocolate, crumble de manzana, arándanos y todo tipo de pasteles y chocolates. Y lo mejor era que podías ir y servirte todo lo que querías.

–Voy a tener mucho trabajo para mantener a tu abuela alejada de esa mesa de postres –susurró el abuelo.

–Es la mejor boda en la que he estado nunca –dijo Orla después de llenar su plato por cuarta vez.

–¡Creí que era la única boda en la que habías estado! –dijo Emma.

A Billy el chiquitín también le encantaron los postres. Le gustaba sobre todo poner las manos en ellos y salir corriendo cuando la tía H trataba de atraparlo. Parecía haberse aficionado a George, porque no paraba de correr tras él, y pronto George tuvo marcas de manos pegajosas por todo el traje negro. Sally le dijo a la tía H que ella se ocuparía de vigilar al pequeño Billy en cuanto vio que no paraba de correr detrás de George.

–¿Cómo está mi nena? –rugió el tío Boris cuando me vio, levantándose en el aire–. ¡Y ahora abre esa boca y enséñame todos esos empastes que te han hecho! –el tío Boris es dentista, así que me miró muy bien cuando abrí la boca, y al terminar dijo–: Buen trabajo. Te lo merecías, desde luego, si nunca te cepillabas los dientes –y luego me columpió en el aire otra vez. Creo que había bebido mucho vino.

Capítulo 40

De hecho, ese día pasaron un montón de cosas buenas... ¡Demasiadas para un solo capítulo!

Octava cosa buena: Los discursos. Bueno, en realidad los discursos no fueron todos buenos. Algunos eran muy aburridos. El discurso del abuelo fue bonito pero un poco melodramático. La tía M sonreía y lloraba al mismo tiempo cuando él dijo que sus hijas eran todas flores preciosas, y aunque ella no estuviera hoy aquí, el espíritu de Rosa podía verse en todas partes y que bastaba con mirar a sus hermosos hijos, a Conor, a Sally y a mí, para entender eso. Mucha gente tuvo que sonarse la nariz cuando él dijo eso.

El discurso de George no fue nada melodramático. Cuando se puso allí de pie parecía muy nervioso y durante un momento no pudo decir nada. Pero luego alguien gritó:

–¡Vamos, amigo, tú puedes! –y entonces él sonrió y alisó el pedazo de papel pringado de mermelada donde tenía escrito su discurso.

–Ey, tíos –empezó, haciendo un pequeño gesto con la mano–. Yo solo quiero dar la bienvenida a Margarita en nuestra familia... Ella... –tuvo que luchar por encontrar la palabra exacta, pero al final le vino–. Ella es... guay –ahí todo el mundo aplaudió, y eso le dio a George la oportunidad de relajarse un poco–. Como... bueno... como dice el viejo... ella es una flor... –todo el mundo estalló a reír al oír eso, y el abuelo fingió ofenderse porque le llamaran viejo.

–¡Nada de viejo, por favor! –gritó desde la mesa.

–Sí, bueno –murmuró George–. Lo siento, tío –y le hizo un gesto con el pulgar hacia arriba.

Pude ver que la abuela sacudía la cabeza, pero se estaba esforzando mucho para no sonreír también.

–Sea como sea, tío, Margarita es una flor y va a casarse con mi hermano, que es una especie de tulipán, así que eso son dos flores –George tuvo que parar de nuevo porque todo el mundo se estaba riendo. Cuando hubo calma de nuevo continuó–: El caso es que esto es todo lo que tengo que decir porque esa perra loca, Mengala o como se llame, se comió la otra mitad de mi discurso... Así que... en fin... tranquis. Que lo paséis guay. Que tengan buenas noches –entonces se sentó..., pero tuvo que levantarse otra vez porque había olvidado hacer el brindis.

–¡Un brindis por la novia y el novio!... ¡Que sean siempre dos flores radiantes! –gritó George, y todos bebieron su champán y gritaron «¡Por la novia y el novio!»,

y papá me sirvió un poco de champán en mi copa, y las burbujas rebotaron en mi nariz cuando bebí y sabía muy bien, pero papá no me dio más.

Novena cosa buena: El primer baile. Nicholas y la tía M bailaron juntos durante un rato –era un baile muy lento y para besuquearse– y luego George tuvo que bailar con Sally y no lo hizo muy bien. Podía oírle decir «Lo siento, tía» cada vez que le daba a Sally un pisotón, pero a ella no parecía molestarle. Luego yo tuve que bailar con Emmett, y Emma tuvo que bailar con Conor, porque nosotras éramos las ayudantes de la dama de honor y ellos eran los ujieres o algo así. Emmett bailaba muy rápido y nos caímos dos veces. Yo me preguntaba si se había puesto a liquidar otra vez el vino que quedaba en las copas.

Décima cosa buena: Después de eso la banda tocó muchas canciones y todo el mundo salió a bailar. Sally y yo bailamos juntas todo el tiempo, y la tía M me susurró al oído que quería un informe completo del diario de Sally cuando regresara de su luna de miel.

Luego vino el gran momento de Conor. Nicholas preguntó al batería si podía dejar tocar a Conor. Conor se puso muy rojo al coger los palillos, pero pronto comenzó a dar la paliza haciendo un escándalo terrible. Todo el mundo lo animó y a la banda le pareció que era tan bueno que le pidieron que tocara un rato con ellos.

–¡Tío! –dijo George–. ¡Le está metiendo caña! ¡Tu hermano es tan... no sé... tan guay!

Luego preguntaron si a alguien le gustaría cantar, pero eso fue un gran error, porque la tía abuela Violet subió tambaleándose al escenario y cantó de una forma tan espantosa que Emma tuvo un ataque de risa total y yo tuve que taparle la boca con la mano para mantenerla en silencio..., pero eso solo empeoró las cosas.

La undécima cosa buena: Todavía hacía calor fuera al anochecer, y papá encendió las luces de colores de las cuerdas y el jardín parecía un lugar mágico. La tía H estaba sentada en un banco del jardín contándole al tío Horace que íbamos a tener un agradable verano indio este año, cosa que yo no entendí. Sería un otoño irlandés, supongo. El tío Horace decía que el tiempo estaba muy inestable y que sin duda eso era una señal del calentamiento global... y de repente yo me sentí muy cansada.

La tía B había llevado a casa a Emma, y Orla se había marchado hacía un montón. Incluso la tía M y Nicholas se habían ido a su hotel, y aunque papá había dicho que podía quedarme todo el tiempo que quisiera, me entró tanto sueño que lo único que me apetecía era irme a la cama.

Encontré a papá hablando con el padre de Nicholas y le di un beso de buenas noches, y luego encontré a los abuelos justo cuando estaban a punto de salir.

–Vuestra vieja abuela ya no está para estas veladas tan largas –dijo el abuelo, y la abuela le dio un codazo en las costillas.

Yo les di a los dos un abrazo y subí las escaleras hasta mi dormitorio. Tuve que ser muy silenciosa, porque Billy el chiquitín estaba dormido en su cuna en mi habitación y no quería despertarlo.

Me cepillé los dientes durante tres minutos... bueno, tal vez no durante los tres minutos enteros... y fui a gatas por debajo de mi edredón. Socky ya estaba dormido, así que no lo molesté, pero le dije a la foto de mamá que había sido el mejor de los días, le di las buenas noches, le deseé que durmiera bien y de alguna manera sentí que ella estaba allí conmigo.

Y en la distancia pude oír la banda tocando la canción de Lou Reed «Es un día tan perfecto», mientras me quedaba dormida.

Agradecimientos

En primer lugar y ante todo, doy las gracias a mi esposa, Astrid, por su apoyo y su destreza para captar lo auténtico ¡y no menos por insistirme en que dejara de teclear durante un rato! Kathryn Ross (mi agente) ha estado simplemente brillante todo el tiempo: siempre positiva y de buen humor y estricta (¡pero en el mejor de los sentidos!). Gracias también a Caroline Royds (mi editora) y a Genevieve Herr de Walker Books por ser tan afectuosas, perspicaces ¡y ocasionalmente indulgentes! Gracias a mi hija, Astrid, por su creativa aportación, y a los chicos, Frank y Sean, por apoyarme a su dulce manera. Gracias, también, a los alumnos que he tenido por compartir su extravagante forma de ver el mundo. Y, por supuesto, gracias a Jo y a Betty por ¡bueno, por ser Jo y Betty!

Título original: *Mimi*

Edición en formato digital: febrero de 2014

© John Newman, 2010 Published by arrangement with Walker Books Limited, London SE11 5HJ
Colección dirigida por Michi Strausfeld
© De la traducción, Denise Despeyroux, 2013
© Ediciones Siruela, S. A., 2014
c/ Almagro 25, ppal. dcha.
28010 Madrid.

© De la ilustración de cubierta, Del Thorpe, 2010

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-16120-12-3

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

www.siruela.com

Índice

Portadilla	2
Parte 1	6
Capítulo 1	7
Capítulo 2	10
Capítulo 3	13
Capítulo 4	15
Capítulo 5	18
Capítulo 6	21
Capítulo 7	25
Capítulo 8	28
Capítulo 9	30
Capítulo 10	33
Capítulo 11	36
Capítulo 12	38
Capítulo 13	40
Capítulo 14	43
Capítulo 15	45
Capítulo 16	48
Capítulo 17	50
Capítulo 18	52
Capítulo 19	54
Capítulo 20	56
Capítulo 21	58
Capítulo 22	60
Capítulo 23	62
Capítulo 24	65
Capítulo 25	67
Capítulo 26	69
Capítulo 27	71
Capítulo 28	73
Capítulo 29	75
Capítulo 30	77
Capítulo 31	79

Capítulo 32	81
Capítulo 33	85
Capítulo 34	88
Parte 2	89
Capítulo 35	90
Capítulo 36	92
Capítulo 37	95
Capítulo 38	98
Capítulo 39	102
Capítulo 40	105
Agradecimientos	108
Créditos	109